Cuenca por Alfonso VIII

B. r l . . .




¡CUENCA POR ALFONSO VIII!...

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

RAFAEL BORLADO

Y

CONSTANCIO LUMBRERAS.



CUENCA.

Imp. de Manuel Mariana.—Correduría, números 28 y 30.

1877.




¡CUENCA POR ALFONSO VIII!...

¡CUENCA POR ALFONSO VIII!...

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

RAFAEL BORLADO

Y

CONSTANCIO LUMBRERAS.

Representado por primera vez en el Teatro de Cuenca, en la noche del 21 de Setiembre de 1877.

CUENCA.

Imp. de Manuel Mariana.—Correduría, números 28 y 30.

1877.

Al

Ilmo. Ayuntamiento de Cuenca,

dedican este humilde trabajo

Los Autores.

PERSONAJES.	ACTORES.
ZOA..	Srta. Pastora Gimenez.
ASUB, Guardian del Postigo	D. Miguel Dean.
ABEN-ABAS-MAAD, Emir gobernador.	D. Federico Gimenez.
ESTÉFANO BURILLO. .	D. Rafael Ferrandiz.
PEDRO DE ZAFRA. . .	D. Francisco Lozano.
LOPE DE SALAZAR. . .	Srta. Josefina Ismenia.
ALFONSO VIII.	D. Raimundo Andiano.
MARTIN ALHAJA.. . . .	D. Miguel Gimenez.
EL OBISPO DE BÚRGOS.	N. N.
PASTOR MORO 1.°. . .	N. N.
PASTOR MORO 2.°. . .	N. N.

Los cuatro Capitanes del cerco y sitio de Cuenca. —Soldados cristianos y moros, caballeros, pecheros, etc.

La escena pasa en el año 1177. El primero y el segundo acto en la tarde y noche del 20 al 21 de Setiembre; el tercero en la mañana del 21.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa la Puerta del Postigo.—A la derecha del espectador, paso que conduce á la ciudad, constituido por rocas cortadas y breñas. A la izquierda, muralla que forma ángulo con la del Postigo: en el centro de esta muralla una puerta pequeña. La muralla del Postigo cubrirá el fondo, será de unos tres metros de altura, y en su centro estará la puerta que comunica con el exterior de la ciudad. A la derecha del proscenio una piedra que sirva de asiento, sentado en la cual aparecerá Asub: Zoa á su lado y de pié.

ESCENA PRIMERA.

Asub.—Zoa.

Zoa. ¡Calma, calma, padre mio!
Ya que vuestra vista es poca,
refrésquenla las caricias
de esta brisa juguetona
que á besar viene el semblante
nuestro.
Asub. Como quieras, Zoa.
Zoa. ¿Por qué estais tan triste, padre?
¿Qué os acosa?
Asub. ¡Qué me acosa!
¿Ves qué tranquila la tarde
se ostenta, y cuántos aromas

el áura conduce pura
dándonos su fresco pródiga?
Pues todo es un mal presagio
de la tormenta furiosa
que se cierne sobre Cuenca.

ZOA. Señor, señor...

ASUB. Hija, nota
que lleva ya nueve meses
el cristiano con sus tropas
asediándonos de cerca,
y que la morisma toda
pide recursos, y nadie
hay que á socorrerla corra.

ZOA. ¿No han mandado embajadores
á los Kalifas?

ASUB. ¡Qué importa
á los Kalifas de Oriente
una ciudad!... ¡Una sóla!

ZOA. Y en tanto, padre querido,
en tanto la gente mora
entra en el campo cristiano,
y allí hiere, y allí roba,
y mata, y saquea, y quema,
tala, destruye y destroza.

ASUB. ¡Qué dices? (Enojado.)

ZOA. ¡Padre del alma!

ASUB. ¡Qué dices, amada Zoa?
¿Te lastimas tú tambien
de que con devoradora
saña, asesinen al perro
que reniega de Mahoma
que intenta echarnos afuera
de nuestras casas y chozas,

con el hambre nos maltrata
y con la sed nos ahoga?

ZOA. Padre mio, decir quiero
que es esa conducta odiosa
para el corazon que tiene
vuestra hija que os adora.
Siento yo dentro del pecho
una emocion tan sabrosa,
que me hace amar, padre mio,
tanto á los que á Cristo adoran
como á los que reverencian
del mahometismo los dogmas.
Sí, padre, unos y otros
pueden hacer buenas obras:
no os inquieteis, todos son
dignos de amor y de gloria.

ASUB. Ahora me pesa, hija mia,
y ésto enciende más mi cólera,
haberte hecho instruida,
y de tu padre á la sombra,
tú sus libros estudiaras
letra á letra, nota á nota.
Y es que has ido más allá
de lo que un padre ambiciona.

ZOA. No padre, no.

ASUB. Sí; por que,
embebida en esas crónicas
que únicamente contienen
veneno para las moras,
no sabes sino pensar
como no debieras. Loca,
seducida, fascinada
con un cúmulo de trovas,

de romances, de amoríos,
de religiones y glorias,
no tienes ya el alma aquella
que educó tu padre á solas,
cuando no estaban sus ojos
casi ciegos como ahora.

ZOA. ¿Os ofendo así pensando?

ASUB. Me ofendes y muy de sobra.
Desecha esas teorías,
rasga todas esas crónicas,
aborrece á quien no es moro
y al perro cristiano ódia.

ZOA. (Ap.) (¡Odiarle yo!... Fuera horrible
el pensarlo sólo!)

ASUB. Zoa,
cuida bien de que el Emir
lo que has dicho desconozca.

ZEA. (Ap.) (¡El Emir!... !Y diz que me ama!)

ASUB. Ahora quédate aquí sóla;
que ántes que llegue la noche
debo de saber la anónima
consigna.

ZOA. Cumplid cual bueno.

ASUB. Sí, puesto que está ya próxima
la hora en que acaba el crepúsculo.
¡Quién verá, hija, la aurora!

ZOA. ¡Padre! (Abrazada á su padre.)

ASUB. ¡Alá, mi Dios benigno,
mi peticion no desoigas!...
¡A [illegible]te mora ampara
[illegible]e más fé en mi Zoa!

[illegible] acompaña á su padre hasta la salida de escena.

ESCENA II.

ZOA.

Prevenido

Un cristiano, un enemigo
á enamorado mi sér,
inspirándome un querer
que siempre llevo conmigo.
Más de cuatro noches lleva
que aquí le traigo azorado:
una prueba me ha rogado...
y yo no accedo á esa prueba. (Pausa.)
Pero la hora se acerca
de ir á buscarle á la loma...
(Se dirige hácia la derecha y retrocede despues)
Por allí el Emir asoma...
No puedo ir: está cerca.
(Se retira á la puerta de la izquierda, donde queda parada)

ESCENA III.

ZOA.—EL EMIR.

Mer

EMIR. (Dirigiendose á ZOA y asiéndola dulcemente de la mano.)

Hermosa Zoa,
hurí de amores,
¿por qué en tus ojos
se leen rigores?

ZOA. Señor, errante
vuela mi alma
buscando calma
para tranquila poder vivir.

EMIR. ¿Qué te atormenta
mi dulce dueño?

ZOA. ¿Quereis que os hable?
EMIR. ¿No ves mi empeño?
ZOA. Quizá os enoje,
señor, mi acento.
EMIR. Te escucho atento;
permiso tienes del gran Emir.
ZOA. Pues bien: me duele
que aquesta tierra
que la consume
la cruda guerra,
un Emir tenga
que solo en flores
y en sus amores
piense gozoso por nuestro mal.
El enemigo
que nos acecha.
en la muralla
quiere abrir brecha;
y si de amores
sólo hace alarde,
ya será tarde
cuando de embite dé la señal.
Dejad el fausto,
dejad las flores,
dejad las fiestas
y los amores.
¿Dó está el alfange
con que al cristiano,
con fuerte mano,
sabrá por siempre triunfante herir?
Sed el que alcance
nuestra victoria,
sed el Profeta

de nuestra gloría;
y la morisma
de Cuenca hermosa
dirá ufanosa
por todas partes: «¡viva el Emir!»

EMIR. En tus palabras,
aunque me apuran,
oigo las brisas
cuando murmuran;
escucho el canto
de arpadas aves;
sus trinos suaves
no cual tus frases dulces me son.
¿Es gorgeada
dulce armonía?
¿O de los ángeles
la melodía?
¿En nuestra Kabba
tu voz se inspira
que así suspira
por tí amoroso mi corazon?
Me reconvienes,
mas sin motivo:
yo te perdono,
pues por tí vivo.
¡Ah!... ¿No comprendes
que de mi alma
huyó la calma
desque tan bella, Zoa, te ví?
Tú eres mi vida,
tú mi tormento,
y es todo tuyo
mi pensamiento.

¿Qué importar puede
ciudad y gente,
si de repente
muero si acaso te pierdo á tí?
¿Quieres que Cuenca
libre se vea
y de los moros
la córte sea?
¿Tú quieres perlas,
oro y diamantes?
¿Finos brillantes
en tus vestidos quieres lucir?
Contesta, dime.
Cuanto pidieres
tendráslo, Zoa,
si tú me quieres.
¡Qué! ¿Tienes duda?
Promesas tantas
hoy á tus plantas
cumplir te jura tu gran Emir. (Lo hace·)

ZOA. Emir, no puedo.

EMIR. Por vez postrera
el Emir pide... (Suplicante.)

ZOA. ¡Vana quimera!

EMIR. De hoy para siempre
mandar me toca...

ZOA. Pasion tan loca
de hoy para siempre debeis callar.

EMIR. !Zoa!... (Reconcentrado.)

ZOA. (Temerosa.) ¡Emir!

EMIR. ¡Mira
que hacerte puedo
matar al punto!...

ZOA. Pues yo no cedo.
¡Oh!... ¿Qué me importa,
si de ésta suerte
hasta la muerte
mi honor querido sabré guardar?

EMIR. ¿Por fin te niegas
á tanto ruego?...
¡Por Alá santo!...

ZOA. Por fin me niego.

EMIR. (Ap. y mirando en derredor.)
(Aquí no hay nadie.)

ZOA. (Ap.) (¡Oh Dios!... ¿Que quiere?)

EMIR. (Ap.) (O mía ó muere...
Cúmplase al cabo mi voluntad.)
(Se dirige á ZOA intentándola coger.)

ZOA. ¡Favor!... ¡Socorro!...
(Gritando, huyendo del EMIR.)

EMIR. (Asiéndola de la mano.)
En vano gritas;
las gentes léjos
no oyen tus cuitas...
(Gritos, voces y algazara entro.)

ZOA. (Gritando.) ¡Favor!... ¡Socorro!...

EMIR. (Soltando á ZOA al oir los gritos dentro.)
Ruido se siente....
¿Será mi gente?...
¡Serán los mios en la ciudad.
(A ZOA.) ¡Adios, mi Zoa!
Por fin me ausento:
piensa en mi enojo
y en mi tormento...
Mi mente loca
por ti delira...

Prevenid
A voc

Estalla mi ira,
yá lo que venga disponte ya. (Vase derecha.)

ESCENA IV.

ZOA despues MARTIN Y DOS PASTORES.

ZOA. ¡Malhaya el amor violento
que en el Emir ha nacido!
¡Malhaya aquel que pretende
mancillar el honor mio!... (Pausa.)
Mas... busquemos al cristiano
que enamorarme ha sabido,
y respeta la honra mía,
y recoge mis suspiros.
(Abre la puerta del Postigo, vá á salir y se encuentra con MARTIN y los dos Pastores. Vuelven todos á escena.)

MARTIN. ¿Adónde marchabas, Zoa,
dejando solo el postigo?

ZOA. (Ap.) (¡Triste situacion la mía!)
(Ap. á Martin.) Oye, Martin, en tí fío...
Tú sólo vas á saber
lo que guardo aquí escondido. (El corazon.)
Voy á buscar... (Mirando inquieta en derredor.)
(Con mucho misterio.) Tú... silencio..!
Partir fuera necesito. (Vase fondo.)

ESCENA V.

MARTIN.—DOS PASTORES.

MARTIN. (Ap.) (Pues, señor... ¡no cabe duda
que me ha dejado lucido!)

PASTOR 1.° ¿Adónde vá ésa múger?

MARTIN. A mí tan sólo me ha dicho
que vá á buscar; pero á quién...
eso no se lo he oido.

PASTOR 2.° ¡Pues está bien dejar solo
de ésta manera el Postigo!

MARTIN. Tengo por cierto que Asub,
el guardian, habrá salido
á dar la órden del día
al Emir, y á un tiempo mismo
á recibir la consigna
para ésta noche. ¡Ay, amigos...,
es muy necesario ver
y hacer que nada hemos visto!

PASTOR 2.° ¿Y por qué?

MARTIN. (Misterioso.) ¡Por lo de Zoa!...

PASTOR 1.° ¿Es que sabes dónde ha ido?
Responde.

MARTIN. Eso me pregunto
y el *adónde* no adivino.
Sólo me atrevo á decir,
(y tal vez sea mal dicho)
que me figuro que ama
á un cristiano con delirio.

PASTOR 1.° ¿En qué te fundas?

MARTIN. ¿En qué?...
Siempre me pregunta... digo,
me ruega con insistencia
que la diga si yo he visto
algun cristiano acercarse
con direccion á éste sitio.

PASTOR 1.° Y eso ¿qué puede indicarnos?

PASTOR 2.° Es mora... sábia... y... preciso,
Martin, es el no formar

de ella temerarios juicios.

MARTIN. No son juicios temerarios,
son presunciones. ¡Amigos,
las mugeres son los diablos
con la capa de angelitos!
¡Son muy tercas!... y si dicen:
«por ese abismo me tiro,»
se arrojan, áun cuando sepan
que se van á hacer añicos.

PASTOR 1.° ¡Pero... Zoa!.. ¡hija de Asub!...
Martin, mal has presumido.

MARTIN. ¡Quiera el cielo que no salga
triste verdad lo que he dicho!
Pero dejemos al tiempo
que á él le toca decidirlo.

PASTOR 2.° Acordémonos ahora
de que los siervos de Cristo
piensan librarse de todo
y siempre ser los invictos.

PASTOR 1.° Y no han de ser.

MARTIN Yo lo temo.

PASTOR 1.° ¿Temes, Martin!

MARTIN. ¡Ah, moríos!...

PASTOR 2.° No tienes fé.

MARTIN. Y los dos mucha.

PASTOR 1.° ¡No dudes, pobre cautivo!

PASTOR 2.° ¡Fia, fia en nuestro Dios!

MARTIN. La ciudad en que vivimos
no vuestro dios la defiende,
son moros.

PASTOR 1.° ¿Y qué?... ¿Su brío
no podrá de los cristianos
resistir el rudo ímpetu?

PASTOR 2.° Y que tambien sufren hambre
los perros hijos de Cristo.

MARTIN. Pero el rey Alfonso octavo
demandó á Búrgos auxilio,
y Búrgos le mandó al punto
víveres, pan y utensilios.

PASTOR 1.° ¡Y á los nuestros nada mandan!

MARTIN. Nada mandan·

PASTOR 2.° No hay alivio.

PASTOR 1.° ¡Ah, Kalifas!...

PASTOR 2.° ¡Ah, Kalifas!...

MARTIN. (Mirando á la derecha.)
El Emir llega. Silencio;
no aumentemos el conflicto.

ESCENA VI.

DICHOS.—EL EMIR.—ASUB.

(Los tres Pastores se habrán retirado á un lado para no ser advertidos por el Emir, que acompañado de ASUB llegan por la derecha.)

ASUB. Señor, eso sucede.

EMIR. ¿Y qué hacer debo?
¡Ah, Cuenca, Cuenca!.. Entre tus altas rocas
la más amarga hiel sediento bebo:
tú el fin de mi ventura altiva tocas!

ASUB. ¡Pensad, señor!...

EMIR. Inútil, vanamente.

ASUB. Pensad..

EMIR. ¿Para no hallar la recompensa?

ASUB. Algo debeis hacer.

EMIR. Cuando se siente,
¡qué poco vale, Asub, lo que se piensa!

ASUB. Pues la gente, señor, hambre padece...
y con hambre...
EMIR. ¡Oh, Asud!
ASUB. Mal se batalla.
EMIR. La tormenta contemplo, y me parece
que sólo el contemplarla me avasalla.
Dime ¿qué debo hacer?
ASUB. Sólo me ocurre...
EMIR. (Ap.) (¡Tal situacion á mi razon envuelve!)
ASUB. Mandad otra embajada.
EMIR. Eso me aburre;
porque aquella que vá, Asub, no vuelve.
ASUB. ¿No vuelve?...
EMIR. No. Ninguna del mensaje
á contestarme á vuelto; y, ó es desprecio,
que acrecienta mi rábia y mi coraje,
ó es que á Cuenca le han puesto poco precio.
ASUB. ¿A Cuenca poco precio?...
EMIR. Ese el motivo
debe ser, ó el desprecio.
ASUB. ¡Hiervo en furia!
¡A Cuenca poco precio?... ¡Si concibo
que no cabe, señor, mayor injuria!
EMIR. ¡Es verdad, es verdad!
ASUB. Quien no ha llevado
su planta por sus huertas y vergeles,
quien su brisa aromosa no ha notado
vagar entre azucenas y claveles;
el que no ha percibido, ó nunca quiso
respirar ese ambiente de consuelo,
forjarse no ha podido un paraiso
ni pintarse á su gusto limpio un cielo.
Aquel que no ha sentido las caricias

del áura que en las *hoces* juguetea,
el que no se ha gozado en sus delicias
y sus cóncavos verdes no pasea;
el que no visitó sus alredores
ni se incrustó en los huecos de las peñas
á escuchar de canoros ruiseñores
gorjeadas canciones alhagüeñas;
el que nunca ha tenido su alma enchida
de esa dulce emocion que aquí es notoria,
¿qué sabe lo que es dicha, y mundo, y vida?
¿qué sabe lo que es gozo, y cielo, y gloria?

EMIR. ¿Y llegaré á perderla?

ASUB. ¡Vos perderla?...

EMIR. Si sucediera así, si eso pasára,
era entónces, Asub, perder la perla
de mi corona real la más preclara.
¡Cuenca, Cuenca!... ¿Tal vez voy á perderte?
¿Está cerca tu Emir del precipicio?
¿Voy á perderte ya?... ¡Venga la muerte,
pues perderte es aún mayor suplicio!
Marchita las corolas de tus flores,
seca, seca los setos de tus huertas,
y á esos perros cristianos invasores
presenta tus delicias todas muertas.
Si al abrazarse el Huécar con el Júcar
su linfa trasparente sabe á almíbar,
en veneno y en hiel trueca su azúcar
y á los hijos de Cristo sepa á acibar.
Si mis gentes se rinden abatidas
y déjante en poder de los cristianos,
acaba de una vez, toma sus vidas,
rasga su corazon, corta sus manos!

(Suena la campana de Mangana con tres golpes)

¡Ea, pues!... ¡A luchar!... ¡Suena Mangana!
¡Prosiga el exterminio á troche y moche,
y anúnciese el morir para mañana
al que salga con vida de ésta noche!
(Hace movimiento para retirarse y se detiene al observar á los Pastores que se inclinan respetuosamente ante él)

MAR. Señor...
ASUB. (Al Emir.) Son tres Pastores.
EMIR. ¿Qué desean?
MAR. Anunciarle que áun quedan al rebaño
que guardamos, sin que ellos nos los vean,
unos cuantos carneros.
EMIR. Más de un año
me concedeis de vida.
MAR. ¿Y qué hacer de ellos?
EMIR. ¿Cuántos hay, cnántos hay?
MAR. Unos cincuenta
ASUB. Más de cincuentamil para comellos
necesitan.
EMIR. (A Asub.) Y en tanto el hambre aumenta.
(A los pastores.) Pues bien: aproximadlos sin que quede
uno siquiera. Id, cumplíd cual buenos:
si á los más socorrer hoy no se puede,
socorramos siquiera hoy á los ménos.
(Al salir los Pastores se detienen á la órden del Emir.)
Mas no, no os retireis. Venid, decidme.
MAR. Señor...
~~ASUB.~~ Preguntad.
EMIR. Bien.
MAR. (Ap.) (¿Qué será ésto?)
EMIR. Alguno de los tres venid y oidme.
¿Dirásme la verdad? (A Martin que se habrá adelantado.)
MAR. Y sin pretexto.
EMIR. ¿Los tres Pastores sois?

MAR. Cierto.
ASUB. (Al Emir.) Y de prueba.
EMIR. ¿Y vuestra fé es muy grande? (A Martin.)
MAR. Es maravilla.
EMIR. ¿En dónde os albergais?
MAR. En una cueva
que llaman, gran señor, *La Moratilla.*
EMIR. ¿Estais cerca del perro?
MAR. Cerca estamos,
EMIR. ¿Y se ha movido hoy?
MAR. Yo soy testigo.
EMIR. ¿Y hácia dónde movióse, pues, sepamos!
MAR. Emir, hácia ésta puerta.
EMIR. ¡Hácia el Postigo?
MAR. Varias veces los ví que se asomaban
y encima de las rocas se subian.
EMIR. ¿Y despues? (Con creciente ansiedad.)
MAR. Allí estaban y observaban.
EMIR. ¿Y despues?...
MAR. Varios otros ascendian.
EMIR. ¿Y despues?..
MAR. Un silencio largo y mudo.
EMIR. ¿El campo, en general, del enemigo
estaba quieto?
MAR. Ví luégo que un escudo
se chocaba con otro.... Miro... y sigo
con la vista el sonido de aquel choque...
Un hombre en una roca de pié veo...
EMIR. ¡Le has visto?...
MAR. Muchas veces.
EMIR. ¿Dá algun toque?
MAR. Nada suena.
ASUB. (A Martin.) Sin duda es tu deseo

quien te finge ese hombre ó esa sombra.

MAR. Mi vista no se engaña cuando mira;
tal cristiano yo he visto.

ASUB. Pues me asombra.

EMIR. ¿Y qué hace, di? (A Martin.)

MAR. No sé si retira.
Ceso despues de verlo, se me esconde
y mi vista no puede ya encontrarlo.

ASUB. ¿Sabes quién es, Martin?...

EMIR. Vamos, responde.

MAR. No he podido, señor, averiguarlo. (Pausa.)

ASUB. (Ap.) (¡Qué sospecha!)

EMIR. (Ap.) (¡Oh!...)

ASUB. (Ap.) (¡Zoa aquí no se halla!...)

(Vuelve á sonar Mangana con tres golpes.)

EMIR. ¡Suena Mangana!... ¡Bien! Es el segundo
toque que nos anuncia la batalla.
Obedezcámosla y retiemble el mundo.
(A los Pastores.) Id, y dad á las gentes del Postigo
los carneros, y sácien su hambre fiera...
Anunciadles que hay que ir al enemigo
y á combatir su Emir ya los espera!
(Variando de entonacion y hablando para sí.)
¡Al combate!... ¡Ay de mí!... ¿Qué más combate
que el que á mi pobre corazon destroza?
Y áun no ha tocado al fin... ¡falta el remate!...
¡Con tu propio dolor, corazon, goza!

(Queda pensativo y abismado unos momentos; al cabo de los cuales, saliendo de su abatimiento, mira á ASUB, hace seña á los Pastores con el brazo para que se retiren, obedeciendo por la puerta del fondo, y luégo se acerca á ASUB.)

ESCENA VII.

EL EMIR.—ASUB.

EMIR. Contempla, Asub, la lucha en que me veo

y cálmala, por Dios, que ella es mi muerte.
Ya ves mi situacion.

ASUB. ¡Triste, muy triste!
que luchais con amor y con deberes.

EMIR. Pues bien, Asub, tú sólo en este dia,
si amas á la ciudad, salvarla puedes.

ASUB. ¡Yo, señor?... Pues mandadme sin tardanza.

EMIR. Tú una hija pura, encantadora tienes,
que me inspiró un amor cual nunca tuve.

ASUB. ¿Y ella os correspondió?

EMIR. Sí... ¡repeliéndome!
Pero ella, que es tan buena como hermosa,
feliz, si es que tú quieres, puede hacerme.

ASUB. ¿Y cómo, mi Emir, podrá?

EMIR. (*Con reconcentrada ironía.*) Asub, bien noto
que hasta el extremo cándido te vuelves...
Tú á quererme la obligas.

ASUB. ¿Yo obligarla?

EMIR. Se lo mandas y al punto te obedece,
compensado veré mi amor al cabo,
tendré una guerra ménos... ¡bien aleve!
lucharé con ardor, y de ese modo
lograré rechazar á Alfonso... Accede.

ASUB. Mas, señor, de esa suerte veo claro,
aunque mi vista para ver se niegue,
que pretendeis arrebatarme á Zoa
y con eso ¡ay de mí! me dais la muerte.
¿No conoceis que sin su apoyo há tiempo
que hubiera muerto yo? Señor ¿no os duele?
Casi ciego, ya anciano... ¿quién podría
ayudarme á cumplir con mis deberes?

EMIR. ¿Y mi apoyo no es nada? dime.

ASUB. Es mucho.

EMIR. Pues si cuentas con él ¿qué más pretendes?
ASUB. Es que ella es mi consuelo, mi ventura,
la que me besa mucho, siempre, siempre.
EMIR. Yo te daré quien pueda conducirte.
ASUB. Gracias, gracias... no puedo.
EMIR. (Reconcentrado.) ¿Que no puedes!...
ASUB. Observad que sin ella mi cabeza,
que blanca se halla ya como la nieve,
irá á la tumba.
EMIR. Tu hija será rica,
perlas tendrá, diamantes y oropeles,
y tú á mi lado gozarás en tanto
una vida de encantos y deleites.
ASUB. Sin ella nada ansío, el pobre viejo
los besos de su hija sólo quiere.
EMIR. Pues que lo anhelas... ¡sea!... Escucha atento.
ASUB. ¡Emir, Emir!... (Temeroso.)
EMIR. (Con terrible entonacion.) Escucha y estremécete.
Yo te brindo riquezas y consuelos,
nobleza, bienestar, dicha y placeres;
te brindo con la paz y la desprecias,
supliqué, siendo Emir, una y mil veces...
¿y prefieres la guerra?... Pobre viejo,
guerra tendrás aunque despues te pese.
De mi haren será tu hija la postrera...
¡su deshonra!... y despues.. despues la muerte.
Tú mendigando irás de calle en calle,
ya el Postigo guardar no te mereces;
pues quien desprecia honores y riquezas
un pedazo de pan mendigar debe!

(Váse el EMIR por la derecha. ASUB queda aterrado.)

ESCENA VIII.

ASUB.—Despues ZOA.—ESTÉFANO.

ASUB. ¡Mendigo!... Nada me aflija.
¿Qué me importa ser mendigo
si siempre tendré conmigo
las caricias de mi hija? (Pausa.)

ZOA. ¿Padre! (Llamando dentro.)

ASUB. (Escuchando.) ¿Llaman?

ZOA. ¿Padre! (Tambien dentro.)

ASUB. (Dirigiéndose á la puerta.) Llaman.
(Abre la puerta del Postigo.)
¡Mi hija! (Abrazándola al entrar.)

ZOA. ¡Padre querido!
(ZOA lleva á su padre á sentar en la piedra. Vuelve á la puerta, donde aparece ESTÉFANO disfrazado de moro y á quien coge y le hace entrar por la puerta de la izquierda.)
(A Estéf.) (Aguardad aquí escondido.)
(Cierra despues la puerta del Postigo.)

ESTÉF. Bien. (Al entrar por la puerta de la izquierda.)

ZOA. (Gozosa.) (Conmigo está.)

ESCENA. IX.

ASUB.—ZOA.

ZOA. (Observando á su padre.) Derraman
llanto los ojos.

ASUB. Querida...
(Disimulemos.) No es nada...

ZOA. Teneis la faz demudada,
triste, llorosa, afligida.

ASUB. (Cogiendo cariñoso la mano de ZOA.)
Escucha: tú que á los cielos

puedes mirar sin querellas,
y á la luna, á las estrellas,
las puedes ver sin recelos,
¿no es verdad que una por una,
si atentamente las viste,
están mústias, y está triste
y más pàlida la luna?
¿No es cierto que hay una nube
que el astro á ocultar camina?
¿No es cierto que una neblina
flota en los aires y sube?
Pues bien: ese relucir
del astro que errante vaga,
hoy me anuncia que se apaga
la luz de tu porvenir.

ZOA. No, padre, no tengais celos.
Miro al cielo sin querellas,
y la luna, y las estrellas
están claras cual los cielos.
La luna hoy sin arrebol
brilla más que en noche alguna,
pues hoy al mirar la luna
parece que miro al sol.
Pues de la noche el capuz,
aunque no luzca una llama,
es para un alma que ama
todo azul y todo luz.
Y es que aleja sus querellas
y sin ellas se extasía,
y en la noche y en el dia
hay sol, hay luna, hay estrellas.
Y es que no abriga el temor
de cambiar dicha en infierno;

y es por que el dia es eterno
en el cielo del amor.

ASUB. ¿Amor?

ZOA. Sí.

ASUB. ¡Pasion prolija
en zozobras é inquietudes!

ZOA. Y en ventura y virtudes.

ASUB. ¿Y á quién querré?

ZOA. A vuestra hija.

ASUB. ¡Si el cielo de esa pasion
tiene un sol, del cielo mio
es el sol un sol sombrio!
Sus rayos ¡qué ténues son!
Mas si el tuyo, hija querida,
es radioso...

ZOA. ¡No ha de ser!
En mí he podido aprender
que el amor en ésta vida
tiene, como el sol, fulgores,
y rayos, y lumbre, y fuego
que al sér suele dejar ciego;
y es que el sol de los amores
surca el alma paso á paso:
su oriente la simpatía,
su cenit la idolatría
y el atahud el ocaso.
Muere el cuerpo, el alma sube
á gozar de la bonanza
y la bienaventuranza
que alado posee el querube,
y entónces el sol de amores
vá siguiendo su carrera
por otra más ancha esfera,

teniendo sus resplandores,
de refulgencia notoria,
su oriente en el atahud,
su cenit en la virtud
y su occidente en la gloria.

ASUB. ¡Qué ideas! ¿Ese lenguage
dónde lo aprendiste?

ZOA. ¡Oh!
El libro me lo enseñó
de la Biblia.

ASUB. ¡Cuánto ultrage!

ZOA. No os enfadeis: la instruida,
pues conocimiento tiene,
leer debe lo que contiene
la norma y ley de la vida.
Debe ver del adversario
la doctrina sin temor,
y si vé que es la peor
debe odiarla... y al contrario.

ASUB. (Furioso.) ¡Zoa!.. ¡Voto al mismo infierno!...

ZOA. ¡Por Dios, padre!... Yo queria
demostraros que es el dia
del amor, un dia eterno.
Por que aquese sol bendito
de los amores, fulgente,
tiene cenit y occidente;
pero éste es el infinito.

ASUB. (¡Cuál tiemblo!) (Ap. y reconcentrado.)

ZOA. (Cariñosa.) ¡Padre adorado!

ASUB. Há poco el Emir marchó:
hija, tu amor me pidió
con insistencia.

ZOA. (Ap.) (¡Ah, malvado!) (Pausa.)
¿No decis más?

ASUB. (Ap.) (¿Seguiré?)

ZOA. Y si vos no os enfadais
y todo me lo contais,
yo otra cosa os contaré.

ASUB. Bien, oye: yo le he negado
tu amor.

ZOA. Habeis hecho bien.
No guardais para su haren
vuestra hija.

ASUB. Exacervado,
con amenazante modo,
dijo que de aqui me echaba,
que si él tu amor no ganaba
yo lo perderia todo.
Que si cerca están mis ojos
de eterna noche sombría...
(Explosion de sentimiento.)
¡tambien para tí vendría
eterna noche de enojos!
(Cae llorando sobre las manos apoyado en ZOA.)

ZOA. No temamos su desden;
en Alá no desconfie...
(Con mucho cariño y mirándole riendo.)
Mirad, mi lábio se rie...
¡que ria el vuestro tambien! (Se abrazan.)

ASUB. ¡Hija mia!... ¿Estás contenta?

ZOA. ¿Y cómo, padre, no estar,
si siento una voz gritar
aquí, (El corazon.) que me dice: «alienta»?
Oid: sali del Postigo
para del Emir huir;
por que me sigue el Emir

cual yo vuestros pasos sigo.
Apénas de la ciudad,
padre mio, me alejé,
sentí, busqué y encontré
mi dulce felicidad.
Mis ojos, sin los sonrojos
del temor, se me inflamaron,
y amorosos se miraron
en el cristal de otros ojos.
Mis lábios, sin los agravios,
de la duda, enmudecieron,
y otros lábios...
(Movimiento de indignacion en Asub.)
(Como desdiciéndose) No quisieron
hablarme, padre, esos lábios,

Asub. Sigue... (Ansioso.)

Zoa. Mil veces ansiosa
en mi rostro, sin desvio,
sentí gotas de rocío,
no el rocío de la rosa.
Y eran frias, porque cuando
por mi cara descendian
de hielo me parecian,
¡fuego en mi pecho dejando!
Tras el risueño embeleso
de mi amor fuí presurosa...
sentí el fresco de una rosa...
y no era rosa... era un beso.

Asub. (Indignado.) ¿Un beso? ¿De quién?... ¡Infiel!

Zoa. Fué un beso de amor.

Asub. ¡Qué horror!
¿Un beso de amor?...

Zoa. De amor.

ASUB. ¿De quién era?...
ZOA. Era de él.
ASUB. ¿Quién es él?... ¿Quién, tan villano,
entu faz como la nieve
posar sus lábios se atreve?
¿Ha sido un moro?
ZOA. Un cristiano.
ASUB. (Creciendo en ira hasta el final de la escena.)
¡Un cristiano?... Zoa mía,
¿un cristiano te besó?...
¡La honra mia mancilló
limpia como el claro dia!
¡Maldito!...
ZOA. ¿A qué maldecir?
ASUB. ¿Le amas?
ZOA. Le amo.
ASUB. En vano.
Antes de ser de un cristiano
primero eres del Emir.
ZOA. Si de mi amante pasion
mi corazon es el rey,
ponedle ley... ¡si es que ley
puede darse al corazon!
¡Padre! (Suplicante)
ASUB. ¡Odiale! ¿Tienes miedo?
ZOA. No puedo odiarle.
ASUB. Pues bien,
hurí serás del haren.
¡Aborrécele!
ZOA. ¡No puedo!...
¡No me obligueis, padre, no..!
Si aquí vive dentro mí,

si él no quiere irse de aquí...
(Golpeándose el pecho.)
¿cómo he de arrojarle yo?

ASUB. ¡Odiale!... ¡Que es muy punible
tu amor con ese cristiano!
¡Odiale! (Pausa: vacilacion.)

ZOA. Sois inhumano
conmigo.

ASUB. ¡Odiale!

ZOA. (Resuelta.) ¡Imposible!

ASUB. (Fuera de sí.) Pues bien: aunque no te cuadre,
oye lo que á decir voy:
del Emír eres desde hoy...
¡Hija!... ¡Yo no soy tu padre!

(ZOA queda confundida: ASUB, despues de un momento de silencio tempestuoso, se retira por la derecha. ZOA se levanta, vacila un instante, vá á donde escondió á ESTÉFANO y frenética le sáca á escena cogido de una mano.)

ESCENA X.

ZOA.—ESTÉFANO.

ZOA. Salid, buen cristiano. (Rapidez en el recitado.)

ESTÉF. Hablad, que os escuch

ZOA. Es grande mi pena.

ESTÉF. Hablad sin rubor.

ZOA. Con mil encontradas pasiones ya luch

ESTÉF. Y bien ¿qué esperais?

ZOA. (Mucha agitacion.) Oid por favor.
¿Habeis visto el rio de mansa corriente
que alegre murmura en Mayo y Abril,
mimando doquiera que marcha riente
mil flores abiertas de tallo gentil?
Pues hoy rodeado le veo de abrojos,

de sangre hecho un lago de rojo color...
y sufre mi pecho y lloran mis ojos
al ver que en su seno se anega mi amor.
Y veo marchitas y secas las flores,
y el áura del prado se vuelve infernal...
y creo, cristiano, que tantos rigores
presiden ufanos los génios del mal.
¡Qué lucha... qué lucha!... Rendida me siento...
Mi mente se ofusca... se vá mi razon!...
¡Oh, Zoa, no puedes!... Que calle tu acento
ó estalla en pedazos tu fiel corazon.
(Queda llorando cubierta la cara con las manos.)

ESTÉF. (Ap.) (Sin duda ¡oh contento! me quiere la mora:
amor la finjamos y hagamos con él
se cumplan los planes que Alfonso atesora,
llevándole el parte de todo ~~fiel.~~) lo fiel
(Se dirige á ZOA. Mucha dulzura y romanticismo.)
¿Por qué esos tus ojos con tantos enojos
mil perlas derraman que me hacen sufrir?
Sus párpados abre, y sean tus ojos
los soles que alumbren mi amante sentir.
Aguanten tus lábios decir los agravios
que á tu alma laceran é hiriéndola están,
y s[illegible] mi mora, pronuncien tus lábios
palabras que paguen y aquieten mi afan.
El áura, las brisas, el rio y las aves
pululan parleras cantando en tu honor,
y el eco sonoro con notas suaves
se posa en mi oido gritándome: «amor».
Por eso, alma mia, los tristes enojos,
al vernos amantes, terminen aquí.
Si yo ahora me miro, mi niña, en tus ojos;
tambien, si me amas, tú mírate en mí.

ZOA. No sé lo que al pecho con ese lenguage
solícito, amante, le dais á entender,
que apénas hay fuerza que súbito atage
sus hondos suspiros de inmenso placer.

ESTÉF. Pues bien, si me quieres, te pido una gracia.

ZOA. ¿Cuál es, mi cristiano?

ESTÉF. (Ap.) (Pretendo probar.)
(Alto.) Que vengas conmigo.

ZOA. Pedis mi desgracia.

ESTÉF. Do libres de moros podamos estar.

ZOA. ¿Qué pides?

ESTÉF. ¿Qué pido? Que huyamos.

ZOA. No puedo.

ESTÉF. (Irónico.) ¡No puede y blasona de tanto querer!

ZOA. ¿Dejar á mi padre?... No, no: tengo miedo.
La idea tan sólo trastorna mi sér.

ESTÉF. ¿Acaso tu padre te quiere?

ZOA. No importa,
cristiano, yo creo que hoy le amo ya más.

ESTÉF. ¿No estás despreciada?

ZOA. ¡Por Dios!

ESTÉF. ¿No te exhorta
asaz á que me ódies?... Dí... ¿me ódias?...

ZOA. Jamás.

ESTÉF. Si así es ¿qué esperas? ¿Acaso tu suerte?...

ZOA. Cristiano, yo nunca feliz me creí.

ESTÉF. Entónces te queda tan sólo...

ZOA. La muerte,
que es dulce si siempre me acuerdo de tí.

ESTEF. ¿Y en pago á los tantos peligros que arrostro
por ver los encantos que adornan tu faz,
cubriendo mi cuerpo, tapando mi rostro
con manto moruno, con éste disfraz,

encuentro en tí, Zoa, despego y desvío?
¿Por qué me trajiste tapado hasta aquí?
¿Por qué, si en tu pecho no hay fuego y hay frio,
aquí presurosa me traes?

ZOA. ¡Ay de mí!

ESTÉF. ¿Acaso mi muerte tu pecho desea?
¿Tal vez engañarme tu alma pensó?
¿De aquésta manera tu fé en mí se emplea?
¿Al moro exponerme tu mente ideó?...
¡Al fin muger eres!... En vano en tí espero:
tu amor es mentira, mi amor es mejor.

ZOA. ¡Por Dios nada añadas. Di, habla... Te quiero,
y haré cuanto mandes rendida de amor.

ESTÉF. Pues bueno: si es ese tu justo deseo,
podré presuroso llegar hasta tí
si dices, hermosa, los medios que empleo.

ZOA. (Ap.) (Y en tanto... ¡Dios mio!)

ESTÉF. (Ap.) (Ya duda.)

ZOA. (Ap.) (¡Ay de mí!)

ESTÉF. La senda, mi cielo, que aquí me ha traido,
estrecha, escabrosa é incierta es al par:
si tú sabes otro camino escondido
que sea más bueno, lo puedes mostrar.
Por él diligente á verte vendría,
sin miedo á los tuyos ni al tiempo cruel,
y al fin del camino la dicha hallaría
bebiendo tu aliento más dulce que miel.
Pero eres!..

ZOA. No sigas: camino yo ignoro
que aquí, dulce amante, te pueda traer;
mas tanto es el fuego que dentro atesoro
que voy á decirte lo que has tú de hacer.

(Lo lleva á la puerta del Postigo, la abre, y le señala hàcia la izquierda; lado en el cual se supone que está la Cueva de MARTIN ALHAJA.)

En ésa montaña, guardando ganado,
están tres Pastores, los puedes buscar:
en ella una cueva hay cerca del prado
do llevan las reses los tres á pastar.
Pues bien: uno de ellos, que es viejo atrevido,
la senda que pides podráte decir:
Martin, es su nombre; Alhaja, apellido,
y él mismo contigo se puede venir.
¿Estás satisfecho, mi amante Burillo?

ESTÉF. Estoy satisfecho, mi amada. (Ap.) (Triunfé.)

ZOA. ¿Qué quieres más? dime.

ESTÉF. Que nunca ese brillo
se extinga en tus ojos, ni acabe tu fé.
(Comienza á sentirse movimiento y ruido dentro.)

ZOA. Mas, huye... Ya pronto dará el tercer toque
Mangana. (Rapidez y pasion.)

ESTÉF. ¿Por dónde?

ZOA. El ruido oigo ya.
Vé y coge esa senda. (Izquierda fondo.)

ESTÉF. Tal vez me equivoque.
¡Mi niña!... (Despidiéndose.)

ZOA. ¡Mi amante! (Vase ESTÉF. fondo.)
(Viéndole alejar.) Mi amor con él vá.

(Cierra el Postigo. Suena Mangana con tres golpes y repique y comienza el movimiento de los moros dentro: gritos, voces y ruido. El sonido de Mangana causa en ZOA fuerte impresion.)

ESCENA XI.

ZOA.

¡Ah!.. ¿Qué he hecho yo?.. ¿He descubierto
el moro al cristiano rey?...
¿Traidora soy á mi ley?...
¡De qué letargo despierto!...

Abierta tienen la entrada
si hacen cuanto yo le dije...
¡Oh, mi Dios!... ¡Cómo me aflije
ésta situacion malvada! (Pausa.)
Mas... ¿por qué tanto dolor,
tanto mal, tanto sufrir?
Si soy traidora al Emir
no soy traidora al amor.
Y si ésta es mi recompensa,
pagada estoy largamente.
Mi corazon dijo: «siente»...
y mi razon dijo: «piensa».
Y entre el pensar y el amar
uno triunfar ha debido;
y el amor triunfante ha sido
y derrotado el pensar.
Que en lides de una pasion
siempre el pensar desfallece;
pues la razon enmudece
cuando grita el corazon.
Por eso, al corazon fiel,
su impulso seguí vehemente...
¡Muera yo y toda mi gente
y viva mi amor con él!

ESCENA XII.

ZOA.—EL EMIR.—ASUB.

(Estos dos personages entran en escena por la derecha.)

EMIR. (A Zoa.) Por fin eres mia.
ZOA. (A su padre.) ¿Suya?
ASUB. (A Zoa.) Suya ó al cristiano olvida.
ZOA. (A su padre.) ¡Quereis quitarme la vida!

EMIR. (A Zoa.) Eres mía... (Vá á cogerla.)
ZOA. (Huyendo del Emir.) ¡Padre!
ASUB. (Retirándola de sí despreciativo) ¡Huya!
EMIR. (A Zoa.) En vano es que ya te niegues.
Tu padre quiere.
ZOA. (A Asub con acento triste.) ¡Vos!
ASUB. (Friamente.) Sí.
EMIR. Serás de mi haren hurí,
aunque en lágrimas te anegues.
ZOA. (Con valentia.) ¡Ah!... No seré del haren,
quiéralo quien lo quisiere;
que al fin, Emir, si una muere
mártir, hallará el eden.

(Siéntese nuevamente el ruido de gentes qne marchan por detrás del Postigo. El EMIR abre la puerta. Vénse cruzar moros.)

EMIR. ¡Ya pasan!... (A Zoa.) De la ocasion
te vales... (Postrado.) ¡Cede á mi ruego!
ZOA. ¡Huid, huid! (Desviándose de él.)
EMIR. (Con terrible tono.) ¡Hasta luego!

(Sale el EMIR por la puerta del Postigo, que cierra. Sigue el ruido. ZOA despues se dirige á ASUB, quien la recibirá frio hasta el final.)

ESCENA XIII.

ZOA.—ASUB.

ZOA. (Postrándose.) ¡Padre de mi corazon!
ASUB. (Indignado.) Martin nos comunicó
que vió á un cristiano...
ZOA. (Ansiosa.) ¿Le ha visto?
ASUB. (Despreciativo.) Ruégale á él ó á su Cristo;
al que fué tu padre, no.

(Momento de silencio. Agitacion en ZOA: frialdad en ASUB.)

ZOA. ¡Padre, padre!... ¡Contemplad
éste mi combate rudo!...
¡Sed mi defensa!...

ASUB. Es tu escudo
el Emir Abas-Maad.

(ZOA dá un grito y cae postrada, anegada en llanto ante su padre, cubriéndose el rostro con las manos. Pausa. ASUB, inmóvil y frio, la comtempla confundida á sus piés. Despues ZOA, rehaciéndose, se levanta erguida, dirigiéndose á ASUB con marcado acento dramático)

ZOA. ¡Bien!... Si tan cruel hoy vos
sois para vuestra hija amante...
si me odiais... desde este instante...
(Con acento de súplica.)
¡Padre!... ¡Padre!... ¡Adios!...

(Se dirige á la puerta del Postigo, abre, y, como atraida, vuelve hácia su padre, el que la desvia despreciativo. ZOA, al abservar el desprecio, con esplosion de sentimiento dice:)

¡Adios!...

(Váse por el fondo. ASUB queda inmóvil hasta que caiga el telon)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion de sierras: breñas: monte.—En el ángulo derecha del fondo un cerro con senda practicable que conduce á una cueva oculta; la cual estará en el ángulo de la izquierda.—Es de noche y toda la decoracion debe ser sombría y con marcado aspecto selvático.

Gta Romero y Sr. Molina

ESCENA PRIMERA.

MARTIN.—DOS PASTORES.

(Los tres bajan por el cerro de la derecha.)

MARTIN. ¡Críticos son los instantes!
PASTOR 1.° ¡Muy apurados!
PASTOR 2.° ¿Qué hacemos?
MARTIN. Algo que pensar debemos
no nos pase lo que ántes.
Vieron la luz de la hoguera,
hácia ella se vinieron,
nuestros carneros cogieron...
y emprendimos la carrera.
PASTOR 2.° ¡Qué dirá el Emir?
PASTOR 1.° Faltamos
á su autoridad.
MARTIN. No hay tal.
Culpa nuestra no es el mal.

-'de ruido

PASTOR 1.° Dirá que mal los guardamos.
PASTOR 2.° Nos castigará
PASTOR 1.° De fijo.
MARTIN. Pues lo que es yo no me apuro;
porque tengo por seguro
que no hará tal.
PASTOR 1.° Yo me aflijo
al pensar que los moríos
han perdido la comida,
y á esa gente fementida
le servirá, y no á los mios.
MARTIN. Aún me creo que los miro
venir tras los tres corriendo.
PASTOR 2.° Casi nuestros piés cogiendo.
MARTIN. Véome libre y no respiro.
(Siéntese lejos ruido. Los tres escuchan.)
LOS TRES. Ese ruido.... (Se abrazan.) ¿Será el viento?
MARTIN. Ó estoy muy escarmentado,
ó, amigos, por ese lado (Izquierda.)
gente se acerca, y lo siento.
Venid. (Suben los tres con mucha cautela al cerro.)
PASTOR 1.° (Al 2.°) ¿Sabes tú que mira?
MARTIN. ¡Un bulto! (Mirando con atencion.)
PASTOR 2.° ¡Son dos!.. (Lo mismo.)
MARTIN. ¡Son más!
PASTOR 1.° Bah! Soñando estais quizás.
Veis visiones.
PASTOR 2.° (Al 1.°) No es mentira.
Mira bien.
PASTOR 1.° (Mirando.) ¡Sí que es verdad!
MARTIN. ¿No veis á la luz difusa
alguna gente confusa

que aquí se acerca?... Bajad.

(Con sigilo y mucho miedo descienden del cerro.)

Vamos adentro á la cueva.

PASTOR 1.° Sí, vamos. (Se entra en la cueva.)

PASTOR 2.° Vamos adentro. (Hace lo mismo.)

MARTIN. Su oscuro y lóbrego centro
nos saque bien de ésta prueba. (Hace lo propio.)

ta, Bartierra con linterna

ESCENA II.

D. PEDRO.—LOPE.

(Estos dos personajes descienden por el cerro. Una linterna que llevará D. Pedro les alumbrará al bajar.)

LOPE. ¡Cuidado! (A D. Pedro.)

PEDRO. Cuida de tí,
que yo de mí bien me cuido.

LOPE. Baja al llano.

PEDRO. A él dirigido
voy.

LOPE. Yo tras tí.

PEDRO. ¿Estamos?

LOPE. Sí.
(Llegan al procenio.) ¡Cual acrecen los siniestros
de los moros!

PEDRO. Son rigores
de la guerra. (Deja la linterna en tierra.)

LOPE. A unos pastores
les han cogido los nuestros
unas cuantas reses.

PEDRO. Si.
¡Y con qué gana corrian! (Riendo.)

LOPE. ¡Já, já, já!... Si se morian
de miedo. ¡Cuánto reí
al verlos así correr!

PEDRO. Tanto que ¡quién los ataja!
LOPE. ¿Seria Martin Alhaja
alguno?
PEDRO. Pudiera ser.
Pero alejemos ambages;
el tiempo no entretengamos;
busquemos á quien buscamos
por todos estos parages.
Los dos somos capitanes
enviados por el rey,
y si obedecerle es ley
cumplamos los dos sus planes.
(Estrechàndose las manos.)
A Martin Alhaja hallar
Pedro de Zafra aquí jura.
LOPE. Y eso mismo lo asegura
un Lope de Salazar.
PEDRO. Ahí fuera con impaciencia
aguardan nuestros soldados.
LOPE. Son de sobra denodados
y arremeten con violencia.
Hace un un rato...
PEDRO. ¡Vaya un lance!
LOPE. Así que la correría
de toda la morería
comenzó... ¡terrible avance!
Los moros... ¡cómo embestían!
los cristianos... ¡cómo entraban!
los moros... ¡cómo gritaban!
los cristianos... ¡cómo herian!
Y allí, entre la espesura
de montes, cerros y breñas,
fantasmas que de entre peñas
surgen, de grande estatura...

Y mil ecos por los cerros
van repitiendo sus voces,
que chocándose veloces
dicen: «perros... perros... perros.»

PEDRO. De la reñida batalla
ese grito es la señal.

LOPE. Y, ora el temible puñal
choca en la guerrera malla;
ora la espada, el alfanje
vibra en el aire sangriento;
ora, ciego y violento
el moro, quiere que zanje;
ora en un pecho se hunde
en busca del corazon,
y una horrible confusion
por todos los lados cunde.
¡Qué modo de resistir!
¡qué manera de luchar!
¡qué modo allí de matar!
¡y qué modo de morir!

PEDRO. De contínuas correrías
más llevan de nueve meses.

LOPE. Y soportan los reveses
aquesas gentes impías.

PEDRO. Lo cual dice, Salazar,
que son tercos los moríos.

LOPE. Esa terquedad los míos
cara se la harán pagar.

PEDRO. Mas la cueva áun no la vimos,
y debe estar entre rocas.

LOPE. Si, por fin, hubiera pocas
por todo lo que anduvimos.

PEDRO. No hay que perder el valor.

LOPE. (Acentuando.) Por aquí ha de estar Martin,
y le hemos de hallar al fin,
y ha de ser el conductor.
PEDRO. Hay, Lope, que buscar nueva
astucia.
LOPE. Eso es lo fijo.
Ya sabes lo que nos dijo
Burillo de la tal cueva.
PEDRO. Lo recuerdo. Y de ese Alhaja
tambien nos dijo Burillo
que era viejo.
LOPE. ¡Será un pillo!...
PEDRO. De ser Alhaja no baja.
Lope. Y añadió Burillo: (Acentuando.) «allá
guarda ganado enemigo
y á la puerta del Postigo
él mismo os conducirá.»
PEDRO. Lo recuerdo.
LOPE. Pues bien: suelta
la pereza y la apatía,
y aunque no llevemos guía
demos, don Pedro, otra vuelta.
PEDRO. Vamos, vamos. (Coge la linterna.)
LOPE. No tardemos.
PEDRO. La sierra no nos fatigue.
LOPE. Burillo detrás nos sigue.
PEDRO. Pesquisemos.
LOPE. Pesquisemos. (Vanse derecha.)

ESCENA III.

MARTIN.—DOS PASTORES.

MARTIM. (A los Pastores, que salen temerosos de la cueva.)
¿Habeis escuchado?

PASTOR 1.° Sí.

MARTIN. A mí me vienen buscando:
mi nombre van propalando
por ahí... Me voy de aquí.
Ya no nos sirve la cueva
para refugio; salgamos:
aquí la muerte encontramos.
de seguro.

PASTOR 1.° Ya te lleva
tu miedo á temer demás.

MARTIN. Es mi miedo razonado.
Han dicho que está acampado
el ejército ahí detrás. (Izquierda.)

PASTOR 1.° Pero ese no contrarresta
del nuestro el bélico ardor.

MARTIN. Es que se acaba el valor
si alguna traicion se presta.
Zoa, tal vez namorada
del cristiano, les ha puesto
el camino en manifiesto
de ésta cueva retirada.

PASTOR 2.° ¡Zoa traidora!... ¡Qué horror!

PASTOR 1.° Martin, tú la menosprecias.

MARTIN. Serán presunciones necias;
no sé presumir mejor.

PASTOR 2.° Pero...

MARTIN. Y me lo hace creer
eso de... «aquí está Martin,
le hemos de encontrar al fin
y el conductor ha de ser.
Guarda ganado enemigo,
hace tiempo que allí está.

y él mismo os conducirá
á la puerta del Postigo.»

PASTOR 1.° Y eso... ¿qué?

MARTIN. Nada, pastor:
que es mi situacion fatal.
Si al Emir falto, muy mal;
si á los cristianos, peor.
Por lo mismo, voyme al punto.
Si me seguís, norabuena;
si no, cargad con la pena.

PASTOR 2.° Y ¿qué pasará en conjunto?

PASTOR 1.° Si nos preguntan...

PASTOR 2.° Callamos.

PASTOR 1.° Si insisten...

PASTOR 2.° No respondemos.

PASTOR 1.° Si amenazan...

PASTOR 2.° Sufriremos.

PASTOR 1.° Si nos matan...

PASTOR 2.° Pues muramos.

MARTIN. Quedaos, pues. (Comienza á subir el cerro.)

PASTOR 1.° Guíete Alá.

MARTIN. Si esas son vuestras creencias
pasad por las consecuencias. (Desaparece.)

PASTOR 2.° De morir no hay más allá.
(Entran los dos pastores en la cueva.)

ESCENA IV.

DON PEDRO.—LOPE.—Despues DOS PASTORES.

PEDRO. Compañero Salazar,
inútilmente corremos,
que al mismo punto volvemos.
y sin poder con él dar.

LOPE. Y ¿qué hacer?

PEDRO. ¿Lo sé yo acaso?
Pues ¿para qué andar y andar,
hasta la cueva encontrar,
por los montes paso á paso?

LOPE. La noche está muy oscura
y yo ya me voy cansando,
pues posible es que rodando
lleguemos á la llanura.

PEDRO. Pues entonce, aquí paremos,
en este sitio un instante,
que tambien yo estoy jadeante.

LOPE. Descansemos.

PEDRO. Descansemos. (Deja la linterna.)

(Se dirigen hácia el fondo y LOPE se fija en la cueva.)

LOPE. Parece eso una caverna
do no pisó humano pié.

PEDRO. ¿Alguna cueva se ve?

LOPE. Alumbra con la linterna.
(PEDRO coge la linterna y obedece á LOPE.)
Alumbra, que al resplandor
que su luz al aire lanza
mi vista á notar alcanza
dos hombres.

PED. y LOPE. Salid.

PASTOR 1.° y 2.° (Saliendo de la cueva é inclinándose.) Señor...

(Quedan inmóviles y mudos.)

LOPE. En este sitio ¿qué haceis?
(Haciendo pausas despues de cada pregunta como esperando respuesta.)
¿Qién sois y cómo os llamais?

PEDRO. Responded pronto.

LOPE. ¿Callais?

PEDRO. ¿El lenguaje no entendeis?
LOPE. (A D. Pedro.) (Su silencio me atormenta.)
PEDRO. (A Lope.) (Son tercos y callarán.)
LOPE. (A Pedro.) (Nuestro furor sufrirán.)
PEDRO. (A Lope.) (Su lábio ser mudo intenta.)
LOPE. (A Ped.) (Probemos.) (Alto.) Martin Alhaja?
(A Pedro.) (Nada noto en su semblante.)
PEDRO. (Pues no hay que perder instante.)
LOPE. (Ninguno la vista baja.)
PEDRO. (Pues amenaza.) (A Lope.)
LOPE. (A los Pastores.) ¿Aún callais?...
Ved que al callar de esa suerte
vuestra sentencia de muerte
vosotros mismos firmais.
(Los Pastores continúan mudos.)
PEDRO. (A Lope.) (Otro medio emplearé.)
(A los Pastores.) Sin que os sirva de desdoro,
este bolsillo de oro (Mostrándoselo.)
lleno, si hablais, os daré.
LOPE. (A D. Pedro.) (Tampoco consigues nada.)
PEDRO. ¡Y en tanto el tiempo perdemos!
(Ruido dentro.)
LOPE. ¡Calla!
MARTIN. (Dentro.) ¡Dejadme!
LOPE. Escuchemos.
MARTIN. ¡Dejadme!
(Aparece por el cerro delante de unos soldados.)
PEDRO. ¡Feliz jornada!

ESCENA V.

DICHOS.—MARTIN.—Soldados.

MARTIN. (*Bajando del cerro, huyendo de los soldados.*)
¡Dejadme, que soy un viejo! (*Llega al proscenio.*)
LOPE. Dejadle. (*A los soldados que quedarán en el cerro.*)
MARTIN. Gracias señor.
PEDRO. (*Ap.*) (Lope ¿será Martin éste?)
LOPE. (*A Pedro.*) (En eso mismo estoy yo.)
PEDRO. Salid. (*A los soldados que obedecen, ascendiendo.*)
LOPE. (*A Martin.*) ¿Quién eres?
MARTIN. Cristianos:
un viejo pastor soy yo
dedicado á custodiar
ganado, y de él ir en pos,
y cautivo hace ya tiempo
de Abas-Maad gobernador.
Yo casi puedo deciros,
y es tan verdad como el sol,
que en estos cerros y cuevas
la vida he pasado yo,
y que su fresco me ha dado
paz, calma y satisfaccion.
Desde mis años de jóven,
en la vida del pastor
mi cuerpo se ha envejecido,
mi cabello encaneció.
No hice daño nunca á nadie,
y, de todos servidor,
he esperado que me paguen
cristianamente mi accion;
que me dejen vivir libre,

como yo pueda mejor;
que me dejen olvidado
espirar en un rincon
y que no me hagan dar muerte:
muera... cuando quiera Dios.

PEDRO. Basta ya de sermonata;
eres todo un hablador,
y no es hora ni queremos
oir de un moro un sermon.

MARTIN. Preguntad.

LOPE. ¿Dirás verdad?

MARTIN. ¡Oh! Desde luégo, señor;
pues no mentir es mandato
que siempre cumplir debió
aquel que de Jesucristo
aprendió la religion.

PEDRO. ¿Eres cristiano?

MARTIN. Cristíano
fui, soy y seré, señor.
A Cristo tanto respeto
y temo... ¡ay! ¿y cómo no?
Si al hombre algo salva, es...
el santo temor de Dios. (Acentuando.)

LOPE. ¡Vaya! Importa poco eso.
¿Tú conoces al pastor
Martin Alhaja?

MARTIN. ¿Yo?... (Ap.) (¿Alhaja?..
Y ¡qué buena alhaja estoy!)

PEDRO. ¿Dices? (Amenazándele.)

MARTIN. Señor... (Ap.) Me parece
que aquestos dos me hacen dos.)

LOPE. Dicen que habita en la cueva

La Moratilla, en union
de otros dos.

PEDRO. (Señalando al 1.° y 2.°) Que serán éstos
que aquí miras

MARTIN. Sí, señor... (Titubeando.)

LOPE. ¿Sí?

MARTIN. No, señor.

LOPE. Vamos, vamos,
¿qué dices, son ó no son?

MARTIN. Si son.

PEDRO. ¿Y Martin Alhaja?
¿quién es? ¿dó está?

MARTIN. Ese soy yo.
Digo... no... me he equivocado...
Martin... Martin... yo no soy...
(Ap.) (Ya no sé lo que me digo;
temblando estoy de pavor...)

LOPE. Vamos, contesta si eres
tú Martin Alhaja ó no.

MARTIN. Esperaos que me acuerde
si yo soy ese ó no soy;
pues estoy tan ofuscado
que no sé si yo soy yo.

PEDRO. ¡Ea! Ya me canso... ¡ea!
(Desenvaina la espada como para pegarle.)

MARTIN. (Arrodillándose.) Yo soy Martin; sí, señor...
Pero no me deis la muerte.
¡Por la santa religion
os lo pide arrodillado
Martin Alhaja el pastor!

PEDRO. Bien: alza.

LOPE. En este momento,
sin ninguna dilacion,
condúcenos al Postigo.

MARTIN. ¡Ay!... Eso no.
PEDRO. ¿Eso no?
Morirás en este instante.
LOPE. Al Postigo llevanós.
MARTIN. Mirad: tomad esa senda (*Fondo.*)
que conduce á un gran peñon;
dadle vuelta por la izquierda
y hallareis dos sendas, dos;
tomais la de la derecha...
LOPE. Vente tú y será mejor.
PEDRO. Tú conoces el camino.
MARTIN. No tiene pierde, id los dos.
LOPE. Digo que te vengas tú.
MARTIN. ¿Y por qué tengo que ir yo?
LOPE. Porque si no vienes, viejo,
no verás salir el sol
mañana.
MARTIN. (*Ap.*) (¿Qué debo hacer?...)
PEDRO. Y ha de ser por el mejor
camino.
MARTIN. (*Ap.*) (Vamos á cuentas.
¿Quién es más, el moro ó yo?
Los moros son muchos moros
y yo no más que uno soy,
y si me matan, ninguno
vá á darme resurreccion.
Su religion es la mia,
yo tambien soy español,
y al fin su Dios como el mio
son el mismo único Dios.
Conque no hay duda... primero
yo... luégo yo... y siempre yo.)
(*Alto.*) Vamos.

LOPE. Creí que dormías.

MARTIN. (Ap.) (Sí ¡para dormirme estoy!)

PEDRO. Pues marchemos, viejo Alhaja.

(Comienzan á subir por el cerro los tres; MARTIN delante.)

LOPE. Sí, que el tiempo huye veloz.

MARTIN. (Ap.) (Las pisadas de la muerte
muy cerca sintiendo voy). (Desaparecen.)

PEDRO. (Dentro.) ¡Alerta!.: ¡avancen!.. ¡silencio!
¡Recato y ojo avizor!

(Siéntese el ruido de las tropas al marchar.)

ESCENA VI.

ZOA.—DOS PASTORES.

(ZOA aparece en el cerro del fondo unos momentos despues de salir D. PEDRO, LOPE y MARTIN, y, observando, queda parada á vista del público.)

ZOA. Suben, bajan, se esconden, andan, se paran,
corren, hablan, se callan, pasan, se aprestan...
el ejército en guerra vá hácia el Postigo
ávido de ella...
El bullicio y el ruido más léjos cunde...
los soldados cristianos cubren las sendas...
«¡A Cuenca!» quedo dicen. ¡«A Cuenca!» y todos
rápidos vuelan.

(Pausa de observacion. Baja despues al proscenio pensativa y triste.)

Errante como el ave que está sin nido,
vagando cual del árbol las hojas secas,
camino vacilante, sintiendo el alma
íntima pena.
Si el Emir me aborrece... mi padre me ódia...
si de sí me retiran, ya ¿qué me queda?
Correr tras el que adoro con alma y vida,
vagar doquiera.

Pero si él, como todos, duda y me olvida,
si al mirar que soy mora de amarme deja,
si al llegar al Postigo él no me halla...
noche serena,
llévale entre las alas de tu áura leve
mis suspiros, mis cuitas y mis querellas;
dile que yo le espero, que yo le busco...
¡véale y muera! (*Pausa.*)
Mas... ¿irá entre esas tropas mi digno amante?
¿Morirá en las murallas sin que le vea?
¡Ah!... ¿Morirá mi padre?... ¡Mi pobre viejo!..
¡Sálvense y muera!

(*Queda llorando oculta la cara entre las manos.*)

PASTOR 1.° (*Al 2.°*) ¡Zoa, Zoa!.. ¿Has observado?
PASTOR 2.° Desde que al llano bajó.
PASTOR 1.° ¡A estas horas por aquí!...
PASTOR 2.° De Alhaja en la presuncion
voy creyendo.
PASTOR 1.° Y yo lo mismo.
Debe haber aquí un amor.
PASTOR 2.° ¿Quieres que hablemos con ella?
PASTOR 1.° Sí, si: hablaremos los dos.
PASTOR 2.° ¿Zoa? (*Acercándose á ella.*)
PASTOR 1.° ¿Zoa?
ZOA. ¿Qué!.. ¡Martin?
PASTOR. 2.° ¡Sí! Martin Alhaja huyó.
ZOA. ¿Cómo que huyó?
PASTOR 2.° Dos cristianos
le han sobornado.
ZOA. ¿Dos?
PASTOR 2.° Dos
de ese ejército que has visto
marchar.

ZOA. Continúa... ¡Oh!
¿Sabeis, por casualidad,
quiénes eran esos dos?
PASTOR 2.° No sé decirte sus nombres.
PASTOR 1.° Sólo si recuerdo yo
que decian que un Burillo...
ZOA. ¡Qué!.. ¡Acaba!... (Ansiosa.)
PASTOR 1.° En conclusion
saqué, Zoa, que ese tal
á este sitio les guió.
ZOA. (Ap.) (Entónces no va con ellos
Burillo, mi dulce amor.)
¿Aquí le cogieron?
PASTOR 2.° Sí.
PASTOR 1.° Óyeme la explicacion.
De las reses que quedaban
en el rebaño, se dió
cuenta al Emir Abas-Maad,
y el Emir gobernador
que al Postigo las lleváramos
diligentes, nos mandó.
Obedecimos sus órdenes,
y de las reses en pos
íbamos hácia el Postigo
á cumplir nuestra mision,
y en la mitad del camino
que á Cuenca llevabanós,
(que es ésta próximamente)
el cristiano nos halló;
nos robó nuestros carneros,
y á más nos corrió veloz
hasta ésta cueva que á tiempo
de refugio nos sirvió.
Despues hasta aquí vinieron,

buscan á Martin los dos,
le hallan, le intiman, le asustan,
se lo llevan... y aquí yo,
por que no hay más que contarte,
termino mi explicacion.

ZOA. De suerte que la distancia
de aquí á Cuenca...

PASTOR 1.° Es ya menor.

PASTOR 2.° La mitad que de la cueva
de la Moratilla. (Ruido dentro.)

ZOA. (Escuchando.) ¡Ay Dios!...
¿No ois?... Ese movimiento...

PASTOR 2.° Vienen aquí...

PASTOR 1.° (Aparte al 2.°) Vamonós
á decirle cuanto pasa,
si hay tiempo, á nuestro señor.

(Los dos pastores huyen por el cerro precipitadamente.)
(ZOA se coloca junto á la cueva. Estéfano entra por la izquierda en escena.)

ESCENA VII.

ESTÉFANO.—ZOA.

ESTÉF. La senda se nos cerró:
hemos perdido el camino
y andando vamos sin tino
sin saber adónde... (Viendo á Zoa.) (¡Oh!
¡Allí veo á una mujer!...)

ZOA. (Ap.) (¿Quién podrá ser el soldado?)

ESTÉF. (Ap.) (¿Quién podrá ser?)

ZOA. (Ap.) (Me ha mirado...
¡Dios mio, quién podrá ser!..)

ESTÉF. (Ap.) ¿Me acercaré á ella?)
(Se van aproximando uno á otro.)

ZOA. (Ap.) (¿A él voy?)
ESTÉF. (Ap.) (¿Querrá ser mi guia fiel?
¿Será ella?)
ZOA. (Ap.) (¿Será él?)
ESTÉF. ¡Mi Zoa! (Conociéndose.)
ZOA. (Entusiasmada.) ¡Contigo estoy?
¡Gracias al cielo!
ESTÉF. ¡Amor mio!
ZOA. ¡Qué desgraciada!
ESTÉF. ¡Por Dios!
Si estamos juntos los dos
que cese tu mal impío.
Torne á tu sér la alegria,
calma tu angustia y tu duelo:
tú eres el sol de mi cielo,
tú eres la luz de mi dia.
ZOA. No puedo, en mi situacion,
ocultar lo que aqui guardo;
por que el sentimiento en que ardo
llena todo el corazon.
ESTÉF. Contigo hablé, vida mia,
varias veces, y en tu boca
he visto tu alma loca
de dolor, que se salía.
La flor aroma y color
guarda en cerrado capullo,
y guarda el áura su arrullo
para abrir la tierna flor;
para otra vida inmortal
guarda la dicha su calma,
y encerrado guarda el alma
mezclado el bien con el mal.
Y tú, que sientes dolor,

y guardarlo no te place,
¿has de hacer ménos que hace
la dicha, el áura y la flor?
¿Crees que si guardas la pena
eres tú tan sólamente?

ZOA. ¿Qué!.. ¿No quieres que te cuente
mis enojos?

ESTÉF. ¡Norabuena!
Habla, pues, como te cuadre.

ZOA. Me ama el Emir con delirio,
yo le ódio, y mi martirio
lo ha completado mi padre.
Dice que ántes que al cristiano,
que entrar quiere en la ciudad,
al gran Emir Abas-Maad
prefiere darle mi mano.
Que si en creer insistía
la fé de la pasion tuya,
era manchar la honra suya
y desgarrar la honra mia.
Y hasta que, si no te odiaba,
cumpliendo un deber sagrado,
no me queria á su lado,
¡de ser mi padre dejaba!

ESTÉF. ¿Y qué hiciste?

ZOA. Yo insistí,
y su promesa cumplió,
y de su lado me echó...
¡y á buscarte entónces fui!
Con que vé si es situacion
mísera y triste la mia:
errante, sin alegría,
amante y sin proteccion.

ESTÉF. No, no. Ya á mi lado estás.
Calma esa inquietud que trunca
tu felicidad, ya nunca
de mí te separarás.
Y yo te daré anhelante,
en uno sintetizado,
el cariño inmaculado
de protector y de amante.

ZOA. Gracias, mi bien.

ESTÉF. Ahora escucha,
si es que cumple á tu deseo,
el apuro en que me veo,
y sácame de ésta lucha.

ZOA. Habla.

ESTÉF. La cueva busqué
en que digiste habitaba
Martin; la encontré y no estaba;
dí mil vueltas, no le hallé.
Una senda, la que quiso
mi ejército, esa cogí;
comencé á andar, la perdí,
y ya no sé dónde piso.

ZOA. Miéntras tú á Martin Alhaja
buscabas ansioso, ufanos
le encontraron dos cristianos.

ESTÉF. ¿Dónde están? (Rapidez.)

ZOA. ¡Quién los ataja!

ESTÉF. ¿Dónde le hallaron?

ZOA. Aquí.

ESTÉF. ¿Cómo fué?

ZOA. No lo sé yo.

ESTÉF. ¿Y los conociste?

ZOA. No.

ESTÉF. ¿Y se lo llevaron?

ZOA. Sí.

ESTÉF. ¿Es cierto?

ZOA. La verdad digo.

ESTÉF. ¡Mira bien!

ZOA. No me equivoco.

ESTÉF. ¿Hace mucho?

ZOA. Hace muy poco.

ESTÉF. ¿Sabes adónde?

ZOA. Al Postigo.

ESTÉF. ¿Los viste?

ZOA. Los ví avanzar.

ESTÉF. ¿Mucha gente?

ZOA. Y gente muda

ESTÉF. ¿Muy ligeros?

ZOA. Sí.

ESTÉF. (Ap.) (No hay duda,
son don Pedro y Salazar.)
(Alto.) Zoa, son dos capitanes
los que á Martin encontraron.
(Ap.) (Mis planes ejecutaron
y les salieron mis planes.)

ZOA. ¿Los conoces?

ESTÉF. Sí. Al Postigo
quiero ir; dime la senda
por donde la marcha emprenda.

ZOA. Estéfano, iré contigo.

ESTÉF. Mis órdenes ahí espera
mi gente con grande afan.

ZOA. ¡Qué!... ¿A tus órdenes van?

ESTÉF. Vamos fuera.

ZOA. Vamos fuera.

(Van á salir y ZOA se detiene.)

¿Qué será, pobre de mí,
si en la próxima batalla,
de mi Cuenca en la muralla,
te espera la muerte á tí?

ESTÉF. Huya esa idea ilusoria
de tu mente confundida...
¿Qué debe importar la vida
cuando se espera la gloria? (Pausa corta.)
El tiempo no entretengamos,
Zoa querida.

ZOA. (Vacilante.) ¡Ay de mí!

ESTÉF. Es mi deber.

ZOA. ¿Deber?

ESTÉF. Sí

ZOA. Si es tu deber... ¡vamos!

ESTÉF. ¡Vamos!

(Van á salir y vuelve á detenerse ZOA.)

ZOA. ¿A dónde voy infelice?

ESTÉF. ¿Qué te detiene?

ZOA. Una idea.
¡La pátria que me vocea!
¡la pátria que me maldice!

ESTÉF. ¡Tú sueñas!... Necio temor
te obliga á retroceder.
¡La pátria de la mujer
es la pátria de su amor! (Pausa.)

ZOA. ¿Y mi padre?.. No he de ir.

ESTÉF. ¿Acaso no van los otros?
¿Ó es que no yendo nosotros
tu padre no ha de morir?

(Vacilacion en ZOA.)

Con mis gentes tal vez tarde
á la ciudad llegaré,

y por tí me llamaré
ante los demás, cobarde.

ZOA. (Ap.) (¡Ay, amor!.. ¿por qué te instalas
aquí?) (El corazon.)

ESTÉF. ¿Cedes?

ZOA. Aún recelo. (Vacilacion.)

ESTÉF. ¡Yo iré en alas de mi anhelo!

ZOA. (Arranque.) ¡Y yo de mi amor en alas!

ESTÉF. (Ap.) (Mi deseo he conseguido.)

ZOA. (Vacilante.) (Inútil es tener calma.)

ESTÉF. ¡Salgamos, Zoa del alma!

ZOA. ¡Salgamos, dueño querido!

(Cogidos de la mano desaparecen corriendo por la izquierda.)
(Siéntese el ruido de tropas que se alejan.)

MUTACION.

Acto 3º

Aparece la decoracion del acto primero. ASUB estará sentado en la roca abatido y abismado en sus propias ideas. Al cabo de algunos momentos se levanta.

ESCENA VIII.

ASUB.

¡Cuánta es mi desdicha impía!
¡Solo ya!... ¡Triste de mí!
Zoa, Zoa... ¡mi alegría!
¿para qué quiero, hija mia,
vivir sin luz y sin tí?
¿Qué es ésta horrible impaciencia?
¿Qué es ésta falta de calma?
Esto ha de ser la pendencia

que ha interpuesto mi conciencia
entre el corazon y el alma.
¿Y quién contiene este afan,
si es ¡ay! como contener
con hojas el huracan,
ó con hielo un monte hacer
donde arda hirviente un volcan? (Pausa.)
Todo en la vida se halla
en pugna ruda y abierta;
y en esa infernal batalla
cuando la razon se calla
el corazon se despierta.
Y si en el hombre así cunde
la duda y perplegidad;
si oscilando se confunde
y en el abismo se hunde
de su misma vaguedad;
si el sentir y el razonar
se repelen mútuamente;
si el corazon y el pensar
no pueden á un tiempo obrar,
y hay guerra aquí (El corazon.) y en la frente,
¿de qué sirve esa emocion
que nos hiere fementida?...
¿de qué sirve la razon?...
¿de qué nos sirve la vida?...
¿de qué sirve el corazon?...
(El Emir aparece por la derecha observando parado si oye ruido.)

ESCENA IX.

Asub.—El Emir.

Emir. Todo está quieto. Ni un lejano ruido...

Mas no sé qué impaciencia horrible noto
que mi valor por ocultarla agoto,
y casi estoy por ella ya vencido.
¡Asub! (Con acento triste.)

ASUB. ¡Emir! (Observándole.)

EMIR. En mal siempre prolija
la suerte que el Emir Abas-Maad tiene,
su enojo contra mí nadie detiene.

ASUB. Lúgubre estais, Emir.

EMIR. La causa es tu hija.

ASUB. ¿Mi hija, decís?

EMIR. Desde que del Postigo
la echaste ¡y muy bien hecho! y anda errante,
siempre la estoy mirando con su amante,
gozándose en amar á mi enemigo.
Y en sueños, y en vigilias, á mí avanza,
y la veo con él huir perdida,
en mi mente quedándose esculpida
como el rico ideal de mi esperanza.
¡Esperanza, esperanza!... Dulce nombre
que dice el lábio al aspirar al cielo...
yo la reclamo con vehemente anhelo
como Emir, como amante y como hombre.
¡Torpe desvariar!.. ¿Por qué te expones
nuevamente, Abas-Maad, á tu delirio?
¡Qué martirio más largo es mi martirio!

ASUB. Serenad y calmad vuestras pasiones.

EMIR. ¡Necio!

ASUB. Señor...

EMIR. ¡Que se halle satisfecho
el corazon que destrozó tu hija?...
¡Insensato! La pena que aquí hay fija
caber no puede ya dentro del pecho.

ASUB. Dispensadme.

EMIR. Tu Zoa enamorada
de un hombre que vencernos sólo ansía,
¿qué puede hacer, Asub? ¿No habrá falsía
en su amante?...

ASUB. (Ap.) (¡Alá santo!)

EMIR. ¿No te enfada?
¿Qué puede resultar de sus amores?
¿Qué bien reportará á su padre amado,
ni á la ciudad, ni á mí, que esclavizado
sufro sin esperanza sus rigores?
¿No falta á nuestro Dios y á sus doctrinas?
¿No falta á tus mandatos y á los míos?
¿Criminales no son sus amoríos?
Contesta sin tardar... ¿No lo adivinas?

ASUB. ¡Hija mia! (Llorando amargamente.)

EMIR. ¿Qué!... ¿Lloras y no estalla
tu furia contra ella?

ASUB. ¡Triste suerte!
¿Qué puede hacer Asub, el viejo inerte,
si al lado de su hija no se halla!
Yo la negué mi amor por que os amase,
de mi lado la eché...

EMIR. Tu fé lo hacia.

ASUB. La desprecié...

EMIR. Muy bien.

ASUB. ¡Y era hija mia!...
¿Qué más quereis de mí?

EMIR. No tienes base.
Con llanto quieres restañar el daño
y es tarde.

ASUB. ¡Zoa, Zoa!

EMIR. Llora enojos;
lloren cual llora mi alma esos tus ojos...
ASUB. ¡Piedad!
EMIR. ¡Asub!...
ASUB. ¡Piedad!
EMIR. No, no me engaño:
tú su cómplice eres...
ASUB. Tal creencia
desechad.
EMIR. Tú su cómplice.
ASUB. Os lo ruego
que así no me juzgueis.
EMIR. Sí, pobre ciego.
ASUB. Testigo es nuestro Dios de mi inocencia.
EMIR. Tú quieres al cristiano...
ASUB. ¡Nunca, nunca!
EMIR. Que tú jamás le has visto me digiste...
ASUB. Y os dige la verdad.
EMIR. No: me mentiste.
ASUB. ¡No tal digais, Emir; que así se trunca
el resto de mi paz!
EMIR. Mal que te cuadre,
no te vindicas, no...: aunque te aflija...
ASUB. (Arranque de sentimiento.)
¡Si es mi hija, señor... si es mi hija!
EMIR. (Ap.) (¡Es su padre, es verdad!...)
ASUB. (Postrándose ante el EMIR.) ¡Perdon al padre!
(Pausa. Cuadro.)
EMIR. (Ap.) (Corazon, corazon!.. Si á crudas guerras
al siempre libre entendimiento lanzas,
¿por qué dejas que aquí hiervan venganzas
si su antídoto aquí tambien encierras?)
(A ASUB que obedece y se alza.)
Levanta, anciano, ya tu rostro enjuga;

que á ésta víscera infame que aquí manda,
un mar de llanto, á veces, no la ablanda
y una lágrima sólo la subyuga.

ASUB. Gracias, señor, y calma.

EMIR. ¡Horrible calma!

ASUB. ¿Qué podemos temer de una doncella
que sabemos muy bien que el dolo huella
con invisibles piés su pobre alma?

EMIR. Goza tú, ciego anciano, en la divina
plácida paz de espíritu; mas luégo
déjame arder en el hirviente fuego
que fibra á fibra al corazon calcina.

ASUB. Abandonada, sola, desvalida,
nuevamente tal vez á mí se vuelva,
y amante como siempre me devuelva
en un beso de amor toda una vida.
¿Yo sin ella gozar!...

EMIR. Limpia tu llanto.

ASUB. ¡Zoa mia!

EMIR. Tu mal calla sombrío;
guárdalo para tí, como yo el mio;
¡y no es menor que el tuyo mi quebranto!
El sitio prolongado, y que no quiere
alzar Alfonso octavo de su linde;
¡el hambre de mi gente que se rinde
y el hambre de mi alma que se muere!

ASUB. ¡Terrible situacion!

EMIR. Por amenguarla
buscar haré á tu hija, aquí traerla;
y así podrás junto á tu lado verla,
y así podré junto á su padre amarla.

ASUB. ¡Qué bueno sois! ¿Y el hambre?

EMIR. (Ap.) (¡Oh qué recuerdo!)

¿No ha venido Martin con los cincuenta
carneros?

ASUB. No.

EMIR. (Reconcentrado.) ¡Y arrecia la tormenta!

ASUB. Pronto vendrá, señor.

EMIR. La calma pierdo;
pues me parece, Asub, que el hambre que entra,
sin parar en los medios ni en los modos,
en mis soldados y en mis siervos todos,
en Aben-Abas-Maad se reconcentra.

ASUB. A Martin esperemos, que cercano
debe estar del Postigo.

EMIR. Sí, esperemos.

ASUB. Suframos con paciencia.

EMIR. Sufriremos
hasta que vuelva á ser el hado humano.
Mas de salvar á Cuenca haya esperanza.

ASUB. A todos nos anima y lisongea.

EMIR. ¡Al arma! ¡á la muralla! ¡á la pelea!
¡á morir ó á vencer! ¡á la matanza!
Que sólo de emboscadas sea la guerra,
que el Júcar tíñase en sangre cristiana,
y al empujar la gente musulmana
retiemble á su pesar toda la tierra.

ASUB. Yo elevo á nuestro Dios tambien mi ruego.
Que perezca el cristiano en la conquista,
y que Alá para verlo me dé vista
aunque luégo otra vez vuelva á ser ciego.

EMIR. ¡Muy bien!.. Así te quiero, así conviene:
guarda bien el Postigo.

ASUB. ¿Qué os inquieta?
Id, señor, en la gracia del Profeta.

EMIR. Aguarda tú á Martin, y miéntras viene...
(Desenvainando su alfange.)

voy á correr de la ciudad los puestos,
á inspirarles valor con mi presencia
para sufrir el hambre y la indigencia
á la que estamos por desgracia expuestos...
Voy á inculcar en ellos este enojo
que sale á borbotones de mi lábio;
voy á explicar lo grande del agravio...
¡diente por diente, Asub, ojo por ojo!
Voy á infundirles la indomable saña
que á mi semblante enrojecido asoma...
¡y triunfen los secuaces de Mahoma
de los hijos de Cristo en toda España!
(Vase por la derecha.)

ESCENA X.

ASUB.

Furioso vá cual valiente.
Justificable es su enojo.
Dice bien: «ojo por ojo.»
Dice bien: «diente por diente».
(Pausa de algunos momentos de observacion.)
(Silencio profundo.)
¡Qué silencio!... Sólo el viento
deja escuchar su zumbido
en los cóncavos metido
de las breñas. (Escucha.)
¡Qué tormento
es ésta preocupacion
que todo lo pinta inerte,
y la planta de la muerte
se siente en el corazon!
¡Solo... solo!... ¡Quizá aquí

muera, que el aquilon zumba
como el eco de una tumba
que se abre para mí!

(Se coloca la mano en el corazon como para contar sus latidos. Mucho misterio.)

Uno... dos... ¡Tardo se agita
el pobre corazon mio!
Uno... dos... ¡Seco y vacío,
qué despacio que palpita! (Pausa.)
¡Triste de mí!... Uno... dos...
¡Qué acompasado se mece
y qué triste!.. ¡Me parece
cada latido un «adios!» (Pausa.)

(Despues de unos momentos MARTIN dá unos cuantos golpes en el Postigo llamando.)

¿Llaman? (Vuelven á sonar los golpes.)
¡Llaman á la puerta!...
No sé que partido elija...
¿Será quien llega mi hija?
(Gozoso.) ¡Corazon mio, despierta!

MARTIN. (Dentro.) ¡Asub!

ASUB. ¡Es hombre... no es ella!
(Vuelven á llamar.) ¿Debo ó no debo yo abrir?..
¿Respondo?.. ¡Me hace sufrir
ésta impaciente querella!

MARTIN. (Dentro.) ¡Asub!

ASUB. ¡Oh!.. ¡Quién podrá ser!

MARTIN. (Dentro.) ¡Abre!

ASUB. Mi inquietud se ahonda...

MARTIN. (Dentro.) ¡Abre!

ASUB. No sé si responda...

(Dá una vuelta por la escena como queriendo hallar á álguien.)

(Exclamacion.) ¡Ciego estoy.., no puedo ver!..

MARTIN. (Dentro.) ¿Abres ó no abres al fin?

ASUB. Yo al tal conozco en la voz.

MARTIN. (Dentro.) Abre la puerta veloz,
que soy Martin.

ASUB. (Muy alegre y contento.) ¡Es Martin?
Sí, Martin. Él debe ser,
que con sus dos compañeros
vendrá á traer los carneros
que al moro han de socorrer.

MARTIN. (Dentro.) Abre pronto, Asub: soy yo
que pude llegar aquí.

ASUB. ¿Y traes los carneros?

MARTIN. (Dentro y despues de una pausa corta.) Sí.

ASUB. ¿No te han encontrado?

MARTIN. No.

ASUB. ¡Qué gozo!

(Abre la puerta del postigo. En seguida entran en peloton D. PEDRO, LOPE, MARTIN y varios soldados que corren por la escena, entrándose despues por la derecha. Al entrar en escena hieren á ASUB, el cnal viene á caer á la derecha del proscenio. La muralla del Postigo se derrumba y un ruido espantoso y horrible cunde por todos lados.)

ESCENA XI.

ASUB.—D. PEDRO.—LOPE.—MARTIN.—Soldados.

ASUB. (Al ser herido.) ¡Soy ciego!
(Al caer en el sitio ya dicho.) ¡Perros!

LOPE. (Dirigiéndose á los soldados que pasarán corriendo á lo largo del fondo, desde donde hablara este personaje.)
¡A la carrera avanzad!

VOCES. ¡Cierra España, á la ciudad!

PEDRO. (A los soldados que salen por el fondo y desaparecen por la derecha, desde donde hablará.)
¡Armen las flechas y hierros!

LOPE. (Desde el fondo aún señalando á los soldados por la derecha.)
Hácia esa pared caed...
abajo cuanto se encuentre...
para que el cristiano éntre
bien, abajo esa pared!... (Vase fondo.)
(Se oyen varios golpes como si se derrumbára un muro. Nuevo ruido se siente por la izquierda. A poco aparece ZOA y BURILLO en el fondo con varios soldados que correrán tambien gritando, atravesando la escena de fondo á derecha.)

ESCENA XII.

ASUB.—ZOA.—ESTÉFANO.—Soldados.

ZOA. ¡Detente!... (Sujetando a Estéfano.)
ESTÉF. ¡A tiempo he llegado!
ZOA. ¡Estéfano!... (Deteniéndole.)
ESTÉF. (Desasiéndose.) ¡Suelta y calla!...
(A los suyos.) ¡Soldados... á la batalla!
(Corren los soldados entrándose por la derecha.)
¡Adios!... (A Zoa.)
(Desaparece confundido con los soldados.)
ZOA. ¡Adios, amor mio!
(Entra en escena y repara en su padre agonizante. Transicion completa.)

ESCENA XIII.

ZOA.—ASUB.

ZOA. ¡Padre!... ¡Padre!... ¡Padre!...
(Acercándose á Asub.) ¡Yerto!
¡Espirante!... ¡casi muerto!...
(Coloca la cabeza de ASUB en su falda.)
ASUB. ¡Siento de la muerte el frío!
Hija mía... hija mía...

ántes de este mundo irme...
quiero darte... al despedirme...
el «adios» de mi agonía...

ZOA. ¡Aquí... en mis brazos!

ASUB. Yo espiro...
Tu padre de corazon...
perdon... te pide... perdon...
en su último... suspiro.
(Pausa. Con el estertor de la agonía hace un esfuerzo y sigue.)
Sola quedas... no te veas...
en brazos... del Emir...

ZOA ¡No..!

ASUB. Del... cristiano...

ZOA. (Acariciándole frenética) ¡Padre!

ASUB. ...¡Oh!...
Bendita... bendita... seas!
(Muere. ZOA queda llorando y acariciando el cadáver de su padre.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Plaza mayor de Cuenca.—A la derecha del espectador la desenvocadura de una calle.—En el fondo la fachada de una gran mezquita de tosca arquitectura árabe: en el centro de la fachada una puerta ojival, que estará cerrada, á cuya puerta se ascenderá por una escalinata con tres tramos ó gradas.—A la izquierda, y en el ángulo del fondo, el principio de otra calle.—Amanece.

Al levantarse el telon varios moros aparecerán sentados y mústios en distintos puntos de la plaza; el Emir *entrará en escena por la calle de la izquierda.*

ESCENA PRIMERA.

El Emir.

¡No salgas, sol!.. te lo suplica un pecho
que ha desgarrado en trizas la desgracia:
no salgas, no; que muero de vergüenza
y hoy tu luz vá á sacármela á la cara!
El espanto, el terror, el miedo, el pánico
cunde entre los soldados que me acatan,
al espacio ensordecen sus clamores,
en ruinas se derrumban las murallas,
de cadáveres están llenas las calles,
los ríos llevan ya rojas sus aguas,

y por doquier encuentro únicamente
desolacion, gemidos, muerte y lástimas.
¡Ya vencidos estamos!... ¿Y yo existo
y contemplo ¡ay de mí! desdicha tanta?
¿Por qué el cristiano en mí no se ha fijado
y hasta el pomo me hundió su aguda espada?
Y ¿por qué no doy fin conmigo mismo
mi pecho atravesando con mi daga?
(Hace movimiento de desenvainar el alfanje y se detiene.)
Mas... no. Vienen recuerdos á mi mente
y mi vida es aún muy necesaria;
por que falta... ¡entendedlo y aprendedlo!
que en los traidores sácie mi venganza.
¡Zoa, Zoa!.. tu imágen peregrina
rodando viene ante mi vista airada.
Aquellos coloridos que en un tiempo
en tu rostro mis ojos contempláran,
hoy son rojos, muy rojos, son de sangre
en que te has de bañar ruborizada.
¡Martin, Martin Alhaja!.. tambien tengo
para tí preparada mi venganza...
(Suenan varias trompetas. Impresion en el Emir.)
¡El clarin del cristiano á sonar vuelve!
Huyamos de su vista sin tardanza...
Por la tierra me busque y no me halle
por que adentro me encuentre de su entraña.
(Miéntras dice los versos siguientes los moros se retiran muy despacio por distintos lados hasta que quede completamente desierta la plaza.)
¡No salgas, sol!... te lo suplica un pecho
que ha desgarrado en trizas la desgracia...
Mira bien mi vergüenza... y mi vergüenza
hoy tu luz vá á sacármela á la cara!
(Vase derecha. Pausa. Por la calle de la izquierda vienen Zoa y Martin.

ESCENA II.

ZOA.—MARTIN.

ZOA. Déjame que le busque.
MAR. No seas terca;
buscas tu propio mal y tu desgracia.
Mira bien que el Emir ya nada ignora;
sabe nuestra traicion y nuestra infamia;
porque mis compañeros, los pastores,
han podido al Emir muy bien contársela.
Con que sabiendo ésto ¿áun querrás irte?
ZOA. Sí, Martin, sí.
MAR. Mal haces.
ZOA. Aunque haga.
Mas ¿quién te ha dicho á tí?...
MAR. Zoa, ellos mismos;
pues ántes de encontrarte, cara á cara
me los hallé, quisieron maltratarme,
piedad pedí y al fin pude arrancársela.
¿Insistirás aún?
ZOA. No: ya me quedo;
pues la tierra tal vez su sangre baña.
MAR. Y si no desistieses morirías.
ZOA. ¡Si le veía vivo, qué importaba?
MAR. Ten en cuenta, mujer, mujer amante,
que somos los traidores.
ZOA. ¡Ay, Alhaja!
Tú al fin eres cristiano.
MAR. Mas del moro
he guardado ganado.
ZOA. Esa es tu gracia;

pues tu rebaño le sirvió al cristiano
de inmediato provecho.

MAR. ¿Y mis hazañas?

ZOA. Si yo, mi buen Martin, no fuera mora,
¡qué poco sufriria!

MAR. Sé cristiana.

ZOA. ¡Ay de mí!

MAR. Oye, Zoa. Tú, que sabes
los dogmas y doctrinas de la Kabba,
tú, que tampoco ignoras la doctrina
que Cristo por la tierra divulgára,
¿qué religion es para tí más buena,
la de Alá ó la de Cristo?

ZOA. ¡Calla, calla!
Muchas veces, Martin, las he estudiado,
comparando las dos entusiasmada,
y no te sé decir, pero mi mente
con torpes confusiones batallaba.
Luégo despues, la muerte de mi padre,
la fé en mi Dios y de mi amor la llama,
todo me hizo olvidar tales estudios,
pues sólo el corazon me dominaba.

MAR. No pienses que yo quiero...

ZOA. Nada digas.
En preguntar has hecho bien, Alhaja.

MAR. Yo no estoy aquí más.

ZOA. ¿Vás á alejarte?

MAR. Ven conmigo.

ZOA. Me quedo.

MAR. ¿Y si te matan?

ZOA. Bendeciré mi muerte muchas veces
si al morir puedo verle.

MAR. ¡Desgraciada!
Loca de amor estás. Vente y olvida.

ZOA. ¡Que le olvide me ruegas?.. Anda, anda,
huye del moro.
MAR. Mira: soy ya viejo,
tengo mis piernas ya bastante tardas
y es necesario que se den permiso
una á la otra para andar, se cansan,
y si no voy despacio me caería,
por que el permiso para andar faltaba.
ZOA. Haces bien.
MAR. Acompáñame.
ZOA. No, luégo.
MAR. Ahora mismo.
ZOA. No tardes.
MAR. Vente.
ZOA. Anda,
buen Martin.
MAR. Hazme caso.
ZOA. No te cuides
de ésta pobre mujer abandonada,
á quien la noche con su manto cubre
casi por compasion, casi por lástima;
á quien por caridad el sol alumbra,
y á quien errante vá vertiendo lágrimas.
MAR. Tu amante, que triunfó por tu conducto,
te habrá olvidado ya.
ZOA. Esa no es causa;
pues la mayor virtud en ésta vida
es amar á aquel sér que no nos ama.
MAR. Pues tu amor y tu dios te amparen, Zoa.
ZOA. Que tu Dios y tu fé te den la calma.
(Vase MARTIN por la calle de la izquierda. Pausa.)
¿Y qué he de hacer aquí?.. Voy á buscarle,
y muerto ó vivo me echaré á sus plantas.
(Vase tambien por la calle de la izquierda.)

ESCENA III.

D. PEDRO.—ESTÉFANO.

(Estos dos personajes vienen por la derecha.)

PED. ¡Cuántas ganas tenía ya, Burillo,
de poder pasear por ésta plaza!

ESTÉF. No eras tú sólo el que tambien tenía
de penetrar en Cuenca vivas ánsias.

PED. Amigo ¡cuánto horror!

ESTÉF. ¡Cuánto coraje!

PED. ¡Qué combate más rudo y qué matanza!

ESTÉF. Mas por fin se rindieron.

PED. ¡Fuera bueno
que despues de una riña encarnizada
como la habida en la pasada noche,
con el triunfo del moro terminára! (Pausa.)

(ESTÉFANO quedará pensativo, miéntras que D. PEDRO recorre la escena reparando los edificios de la plaza y las calles afluyentes.)

ESTÉF. (Ap.) (No tiene Cuenca para mí el encanto
que ántes de penetrar hallar pensaba.)

PED. (Mirando á la calle de la derecha.)
¡Qué edificios! ¡Qué estancias más oscuras
deben ser las que tengan éstas casas!

ESTÉF. (Ap.) (Y es que la realidad busco de un sueño,
y ¡ay! esa realidad es un fantasma
que viene, y huye, y vuelve, y toma forma,
y se acerca, y se acerca ¡y no se palpa!)

PED. (Frente á la calle de la izquierda.)
¡Qué calles tan estrechas y qué lóbregas!
Todas para los moros adecuadas.

ESTÉF. (Ap.) (A Zoa voy buscando... ¿La habrán muerto?
Tal vez, en su aislamiento, de su pátria

la voz habrá llegado á sus oidos
con mil gritos fatídicos llamándola.)

PED. (Contemplándola.) ¿Será la principal ésta mezquita?
Y no debe ser grande.

ESTÉF. (Ap.) (¡Desgraciada!)

PED. Tienen éstas mezquitas cierta cosa
de misterioso... Hasta su misma entrada
impone.

ESTÉF. (Ap.) (¡Desvalida!)

PED. Los poetas,
viendo éstas cosas ¡cuánto no charláran!
(Vuelve la vista á ESTÉFANO y queda contémplandole.)

ESTÉF. (Ap.) (¡Pobre Zoa! Marchita hoja perdida!...)

PED. (Por Estéf.) (¡Qué pensativo está mi camarada!)

ESTÉF. (Ap.) (Nube que surca la mansion celeste
á merced de los vientos que la arrastran,
flor trasplantada de uno á otro punto
sin hallar en ninguno jugo y sávia!...
¡Pobre Zoa!..)

PED. (A Estéfano.) ¡Infeliz! (Dándole en el hombro.)

ESTÉF. (Saliendo de su abatimiento.) ¡Ah!

PED. ¿En qué piensas,
Estéfano Burillo?

ESTÉF. ¿En qué pensaba!

PED. Sí; que te encuentro tan... tan distraido...

ESTÉF. No lo creas, amigo.

PED. Algo te pasa
que ocultármelo quieres.

ESTÉF. No por cierto.

PED. ¿Pues por qué como yo no te solazas?

ESTÉF. No llaman mi atencion, Zafra, esas cosas.

PED. Eso es decir que otras te la llaman.

ESTÉF. No te diré que nó.

PED. ¿Es cierto entónces
que sientes, y que quieres ocultármela
alguna pesadilla?
ESTÉF. No lo niego.
PED. Cuéntame ¿qué te pasa?
ESTÉF. ¡Qué me pasa?
Felicidad completa, nunca, nunca
puede hallarse en la vida que huye rápida.
PED. Explícate, Burillo.
ESTÉF. Oye: aunque al cabo
rindiéronse las huestes africanas,
y aunque todos los actos temerarios
que en loor verifiqué de nuestra pátria
no han sido infructuosos para ella,
Pedro, no soy feliz, algo aún me falta.
PED. No te comprendo, no.
ESTÉF. Nada te añado.
Vendrá ocasion, tal vez no muy lejana,
en que lo sepas todo.
PED. Como quieras.
ESTÉF. Busquemos, pues, á Lope sin tardanza.
PED. Tienes razon.
ESTÉF. (Ap.) (Y á un tiempo tras de Zoa,
que es mi único deseo el encontrármela.)
(Vanse por la calle de la derecha. Pausa. Despues sale ZOA por la izquierda.)

ESCENA IV.

ZOA.

No le he encontrado ¡ay de mí!
¿A dónde voy á parar?...
¿Qué es lo que debo anhelar?...

¡Para siempre le perdí!... (Pausa.)
(Con mucha vehemencia.)
El moro, viendo á ésta mora,
lleno de rábia y coraje
hablará en este lenguaje:
«¡esa... esa es la traidora!
»De su lado retirad...
»que su presencia os rebaja...
»¡esa... esa y Martin Alhaja
»entregaron la ciudad!»
Y aunque su voz me taladre,
dirán sin darme disculpa:
«¡esa... ha tenido la culpa
de la muerte de su padre!»
¡Oh!.. No, no... ¡Cuántos enojos!
¡Cómo en mis brazos moría
el padre que me queria
más que á la luz de sus ojos! (Pausa.)
(Recordando.) «Ruéguete el Emir en vano,»
me dijo. Y luégo añadió:
«del cristiano»... Y no siguió...
¡Del cristiano!... Del cristiano.
Tengo un alma y de él vá en pos,
y si á tener dos llegára,
con las dos almas le amára,
si es que bastaban las dos.
Mas... soy mora y me crée necia...
Como es cristiano se engríe...
(Como figurándose que habla y ve á su amante.)
¿Me quieres?... ¿Lo ves?... ¡Se rie!
¿Me amas?.. ¿Lo ves?.. ¡Me desprecia!
¡Ah!... «Te amo» oigo decir...
¿Eres tú?... ¡No!... ¡Qué agonía!

¿Por qué tu alma y la mia
lo mismo no han de sentir?... (Pausa.)

(Agitacion. Los rojos resplandores del sol que sale deben iluminar claramente la escena y especialmente la figura de Zoa. Música piano en la orquesta.)

¡Oh, qué dulce sensacion!...
¡Ah, qué santo desvarío!...
Corazon, corazon mío,
¿qué te pasa corazon? (Pausa.)

(Queda pensativa sin cesar la agitacion.)

¡Ya, ya! (Como si recordára.)
(Repasando.) En ocasion lejana
una oracion yo estudié...
y la aprendí... Mas... ¿la sé?...
¿Cuál es la oracion cristiana?

(Como arrobada dirije la vista al cielo hasta que se postra de rodillas en ademan de plegaria. Dulzura y entusiasmo.)

¡Ah!... ¡Dios te salve, María;
llena de gracia tu eres;
bendita entre las mujeres!...
¡Madre mía! ¡Madre mia!
Tú, consuelo; tú, bonanza;
tú, esperanza eres del suelo...
¡Dame, dame tu consuelo;
viva, viva en tu esperanza!
Mi corazon, compasion
hoy te demanda y ventura...
¡Vírgen santa, Vírgen pura,
consuela mi corazon!
Deja que tu luz se irradie
y me sirva de aureola...
¡Mira que me encuentro sola!
¡Mira que no tengo á nadie!

¡Ay!... Dios te salve, María;
llena de gracia tú eres;
bendita entre las mujeres...
¡Madre mia!... ¡Madre mía!

(Cesa la música. Quédase Zoa como extasiada unos momentos en la misma postura, hasta que despues rendida apoya la cabeza sobre las manos. A pesar de estas indicaciones, ésta escena depende exclusivamente de la actriz.)

(Despues de verificada la anterior acotacion, el Emir aparecerá por la calle de la derecha. Al ver á Zoa recibe una impresion que el actor expresará segun su talento le marque, interpretando la situacion. Despues irá despacio hácia Zoa y con el puñal desenvainado llegará á colocarse inmediatamente detrás de ella.)

ESCENA V.

Zoa.—El Emir.

Emir. ¿Muere?... ¿Hiero?... (Amenazándola.)
(Retirando el puñal.) ¡Si la quiero!
¿La confundo? (Intentando asesinarla)
(Volviendo á retirarse.) ¡Si en el mundo
es el sér á quien venero
con todo el amor profundo
de que es dueño el corazon!
(Nueva agitacion y amenazándola de cerca.)
¡Mi venganza sin tardanza!
¿A qué tardo? ¿Por qué aguardo?
¡Mi venganza!...
(Vuelve á retirar el puñal.) ¡Y la esperanza
que áun hoy en su fuego ardo?...
(Transicion.) Mas lo apaga la ocasion.
¡Muera ella!
(Vá á herirla y Zoa, despertando del letargo, dice:)
Zoa. (Sin advertir al Emir.) ¡Vírgen bella!
Emir. ¡Cuál me espanta! (Retirándose.)

ZOA. ¡Vírgen santa!
EMIR. (A Zoa.) ¿Qué dices? (Guarda el puñal.)
ZOA. (Viendo al Emir.) ¡Ah!.. Que soy de ella;
de la Vírgen.
EMIR. (Ap.) (¡Y aún me encanta!)
ZOA. Soy de Cristo y no de Alá.
EMIR. ¿No eres mia?
ZOA. De María.
EMIR. ¡Flor galana! (Amante.)
ZOA. Soy cristiana.
EMIR. ¡Cuál tn mente desvaría!
ZOA. No deliro
EMIR. (Acércase á ella.) ¡Flor galana!...
ZOA. ¡Emir grande! (Desviándole.)
EMIR. (Asiéndola dulcemente de la mano.) Ven acá.
El sol bello su destello
en oriente refulgente
dióle al mundo, y el sol bello
ilumina claramente
mi vergüenza y mi rubor.
Si él te alumbra, sin penumbra,
nueva gloria perentoria,
hoy tan sólo el sol me alumbra,
apagada ya mi gloria,
un infierno de dolor.
Quien te inspira...
ZOA. Por mí mira.
EMIR. Quien te inflama...
ZOA. Fé se llama.
EMIR. No, no: tu razon delira.
ZOA. Sí, sí: mi corazon ama.
EMIR. ¿Al cristiano?
ZOA. Y al Dios de él.

EMIR. De Mahoma la ira doma;
nuevamente sé creyente;
vuelve, vuelve, toma, toma
un camino diferente,
el que sigue el moro fiel.

ZOA. Mil cambiantes rutilantes
de enlazados coloreados
bellos íris, veo radiantes,
producidos por sagrados
surtidores mil de luz.
Y entre sueños halagüeños
mil querubes sobre nubes
á mí llegan, y risueños
me dicen esos querubes:
«ama al Dios que está en la cruz».

EMIR. Dulce hechizo, ¿quién tal hizo?

ZOA. Tal creencia á mi conciencia
satisface.

EMIR. Dulce hechizo,
Alá pide tu creencia
y tu amor reclamo yo.
Te lo ruego de amor ciego.

ZOA. ¿Y la calma de mi alma?

EMIR. ¡Ah! Tu calma será luégo
un trasunto de la calma
que el Profeta prometió.
Tu pié breve, hecho de nieve,
en jardines sin confines
plantará su huella leve,
y la flor de mis jardines,
Zoa mía, tú serás.
Y en tus faldas mil guirnaldas
de mil flores de colores

prenderé con esmeraldas,
y en un mundo de primores
y deleites gozarás.
Y tu aliento al darlo al viento
con donaire, sin desaire
aspirando iré sediento;
pues tu aliento será el aire
que la vida dé á tu Emir.
Y en palacios de topacios,
y en un templo sin ejemplo,
vivirás... No; en los espacios
de mi pecho estará el templo
do te haré culto rendir.
Y de flores de colores
entre selvas, cuando vuelvas,
verás el nido de amores
que de mirto y madre-selvas
dispondré para los dos.
Y á mi instancia, la fragancia
de las rosas aromosas,
libarás en esa estancia
de delicias venturosas
á vista de nuestro Dios.
Y el suspiro, á que yo aspiro,
de tu boca, que fé invoca,
serviráme de respiro,
y la mia de tu boca
con placer lo beberá.
Y el aroma, mi paloma,
que tú aspires y respires,
al beberlo, será aroma
que el emir de los emires
á tu amante Emir hará.

Con encajes ricos trajes,
y hasta un trono yo te abono
do entre perlas y entre encajes
en un lánguido abandono
sueñes conmigo al dormir...

ZOA. Basta, basta.

EMIR. Mi hurí casta,
de Máhoma la ira doma:
ámame y crée.

ZOA. Basta, basta:
no más ruegos.

EMIR. Senda toma
por donde á Alá puedas ir.

ZOA. Yo no cedo: dar no puedo
al olvido lo sentido.

EMIR. ¡Y entre tanto yo me quedo
con tu olvido?... Con tu olvido
que es peor que agonizar!
Mi esperanza es tu privanza:
yo te amo, yo reclamo
mi esperanza; mi esperanza
que es tu amor que tanto amo,
que sin él quiero espirar.
Derrotado, exasperado,
sólo queda que yo pueda
exigirte fé postrado.
Y si es lo único que queda,
te lo ruego por Alá.

ZOA. Rey del moro, ¿dulce coro
no ois hora cómo implora
y me dice sin desdoro:
«aunque mueras, ama, adora
al Dios que en la cruz está?»

EMIR. Crée en Mahoma, mi paloma.
ZOA. ¡Creo en Cristo!
EMIR. (Furioso y reconcentrado.) (¿Y resisto
tanto ultrage!) (Alto) ¡Crée en Mahoma
ó muere, pues! (Amenazandola con el puñal.)
ZOA. (Arrodillada.) ¡Creo en Cristo,
por que es el único Dios!
EMIR. (Fuera de sí y aproximándo á ZOA el puñal.)
Y he buscado, irritado,
la venganza sin tardanza,
y hoy que puedo ser vengado,
hoy eludo la venganza?...
¡Muere y muramos los dos!

(En éste mismo instante ESTÉFANO detiene la accion del EMIR. Energia y oportunidad.)

ESCENA VI.

ZOA.—EL EMIR.—ESTÉFANO.

ESTÉF. ¡Cobarde! (Cogiéndole el puñal y arrojándolo.)
EMIR. (Desenvaina la daga.) ¿Osa impedir?...
ZOA. ¡Cielos! (Levantándose y viendo á ESTÉF.)
EMIR. (A Estéf.) ¡Villano!
ESTÉF. Asesino,
¿hollais así clandestino
los deberes de un Emir?
EMIR. ¿Quién sois.
ZOA. (Entre el Emir y Estéf.) (¡Dios mio!)
ESTÉF. Su amante.
EMIR. (Furioso.) ¡Cómo el destino me lanza
á completar mi venganza!
¡Los dos!... (Alegre.)

ZOA. (Ap.) (¡Yo muero!)

ESTÉF. Arrogante
sois demás.

EMIR. Sacad la espada.

ESTÉF. Casi ella sola se sale, (Sacándola de la vaina.)
y cada estocada vale
por dos de ésa. (Señalando á la del Emir.)

EMIR. Así me agrada.
Muera gozando la suerte
de vengarme.

ESTÉF. Lo lográsteis.

ZOA. (Al Emir.) ¿Por qué á mí no me matásteis?

EMIR. (A Zoa.) ¡Infeliz!.. (A Estéf.) Busco la muerte
en mí ó en los dos. (Señalándoles.)

ESTÉF. Riñamos.

ZOA. (A Estéf.) ¡Por Dios! (Impidiendo.)

ESTÉF. (A Zo, desviándola.) Nada temas, mora.

ZOA. ¡Emir!... (Suplicando para aplacarlo.)

EMIR. (A Zoa, muy reconcentrado.)
¡Ah!.. Contigo ahora!

ESTÉF. Riñamos. (Preparándose.)

ZOA. (Deteniéndoles.) ¡No, no! (En medio de los dos.)

EMIR. Muramos.

(Cruzan las espadas, y al empezar la lid aparecen D. PEDRO y LOPE con varios soldados cristianos, conduciendo moros prisioneros, por la calle de la derecha. A la voz de don PEDRO guardan las espadas.)

ESCENA VII.

DICHOS.—D. PEDRO.—LOPE.—Soldados y moros.

PEDRO. ¡Alto! (Entrando.)

EMIR. (Ap.) (¡Malditos!)

ZOA. (Ap. y muy contenta.) (¡Qué gozo!)
ESTÉF. (Ap.) (¡Se libró!)
PEDRO. (A Estéf.) (¿Qué es ésto? díme.)
ESTÉF. (A Pedro.) (Ya hablaremos.)
ZOA. (Ap.) (¡Cuál se oprime
mi corazon de alborozo!)
LOPE. (Al Emir.) Cumplid como los demás.
A los moros internando
vamos, y á todos entrando
en sus casas.
EMIR. (Ap.) (¡Esto más!)
(Alto.) Soy el Emir.
ZOA. (Ap.) (¡Ay de mí!)
(A Estéf.) ¿Ya nos separan?
LOPE. (Al Emir.) El Rey,
y obedecerle es mi ley,
no hace distincion aquí.
(Mostrándole el pergamino en que vá la órden.)
(Leyendo en él.)
«Cuantos moros se encontraren,
mando, que aunque no quisieren,
si por las calles se vieren
en sus casas se encerraren.
Esta órden realizada
quiero verla sin enmiendas.
Sirvan sus mismas viviendas
de cárcel hasta mi entrada.»
—«Yo El Rey.»
PEDRO. (Al Emir.) ¿Habeis entendido?
EMIR. Sí.
PEDRO. Pues segun ello, Emir,
debeis de éste sitio huir.
LOPE. Seguidme, pues. (Al Emir.)

EMIR. (Ap.) (¡Fuí vencido!)
LOPE. (A Estéf.) (Di, Burillo ¿y ésta mora?)
ESTÉF. (A Lope) (A ésta mora, amigo mio,
te entrego, y en tí confío.)
LOPE. (Y dime ¿por qué?) (Ap. á Estéf.)
ESTÉF. (Ap. á Lope.) (No es hora
de explicarte la razon.
Llévala, mi buen amigo,
á la puerta del Postigo.)
ZOA. (Ap.) (¡Mi Dios!)
EMIR. (Ap.) (¡Preso!... Maldicion!)
ESTÉF. (Ap á Lope.) (Si el Emir dice que es suya,
no se la dejes.) (Alto á Zoa.) Adios.
ZOA. (¡Estéfano!) (Ap. á él.)
ESTÉF. (Ap. á Zoa.) (Fía en Dios.)
(¿Lo harás?) (Ap. á Lope.)
LOPE. (Ap. a Estéf.) (Cumplo la órden tuya.)
Vamos. (A los moros.)
EMIR. (Gozoso y ap.) (Con nosotros ella
viene tambien ¡oh placer!)
ZOA. (¡Vela por ésta mujer,
Vírgen santa, Vírgen bella!)
(Vanse todos por la calle de la derecha.)

ESCENA VIII.

ESTÉFANO.—D. PEDRO.

ESTÉF. ¿Ves, Pedro, esa mora hermosa,
como un arcángel sencilla,
que ante la órden se humilla
y obedece silenciosa?
Esa es la que me dió señas

y cuenta me dió de todo;
la que me dijo del modo
con el que, por esas breñas,
á Martin Alhaja hallar
podríamos, y de la alta
sierra, de veredas falta,
do su cueva debia estar.

PEDRO. ¡Burillo! (Irónico.)

ESTÉF. Amor la cegó.

PEDRO. ¿Es que te ama?

ESTÉF. Ciertamente.
Al corazon, inconsciente
esa mora obedeció.

PEPRO. Luego por eso al entrar...

ESTÉF. A reñir me preparaba.

PEDRO. ¿Por qué causa?

ESTÉF. Por que ansiaba
el Emir asesinar
á esa mora bendecida,
y el brazo le sujeté,
y su puñal arrojé.

PEDRO. ¿La ama él?

ESTÉF. Con fementida
y volcánica pasion.

PEDRO. Pues que pierda la esperanza.
¿La quieres tú?

ESTÉF. Se me alcanza
que amor tiene el corazon.
Pues su querer, fé y virtud,
han encendido á porfía
en la insensible alma mía,
lo natural, gratitud.

PEDRO. ¡Pobrecilla!

ESTÉF. ¡Voto á tal
que no sé por qué!
PEDRO. Pues bien:
para ella auguro...
ESTÉF. (Interrumpiéndole.) Deten
tu espresion.
PEDRO. Para ella mal.
ESTÉF. Yo haré que siga mi estrella,
y así te lo juro aquí,
y lo que me pase á mí
tambien le pasará á ella.
PEDRO. Es que si así no lo hicieres,
Estéfano...
ESTÉF. ¿Qué?
PEDRO. Ya sabes
lo que iba á decir.
ESTÉF. No acabes.
PEDRO. Cumple bien, pues bueno eres.
ESTÉF. Siempre ante el deber me humillo;
y pues lo tengo jurado,
es el deber más sagrado
para Estéfano Burillo.
(Déjanse oir varias trompetas.)
PEDRO. ¡Bravo, bravo!
ESTÉF. (Mirando á la derecha.) Lope vuelve.
PEDRO. El clarin está sonando
que vá doquier pregonando
victoria, y victoria envuelve.
(Siguen las trompetas. LOPE entra por la derecha.)

ESCENA IX.

DICHOS.—LOPE.

ESTÉF. (Saliendo al encuentro de LOPE.)
Amigo Lope, ¿y la mora?

LOPE. ¿La morita? ¡Es muger bella!
¡Bien se conoce, Burillo,
que vás tras las buenas hembras!
PEDRO. ¡Contento estás!
LOPE. Y ¿qué hacer
si ya la ciudad es nuestra?
ESTÉF. ¿Al Postigo la llevaste?
LOPE. Sí. En una de las viviendas
que hay en él, allí se entró;
y al entrarme detrás de ella
ví al pastor Martin Alhaja,
que se alegró mucho al verla.
PEDRO. ¿Y el Emir?
LOPE. Dentro su casa.
ESTÉF. ¿No te dijo nada?
LOPE. Llena
de amor debe estar su alma.
ESTÉF. Dáme, pues, de todo cuenta.
PEDRO. Habla: ¿qué ha pasado?
LOPE. Poco:
que el Emir con insistencia
me rogó que, por su dios,
tal morita yo le diera,
y que yo no consentí
en darle mora tan bella:
no sólo por tu mandato, (A Estéf.)
que Lope siempre respeta,
sino porque al contemplarla
tan hermosa y hechicera,
me dió lástima que el moro
fuera dueño de esa prenda,
se me ablandó el corazon
y se me alargó la lengua.

ESTÉF. ¿Qué dices!
LOPE. Lo que yo digo
lo hubiera dicho cualquiera;
pues no hay en el mundo un hombre
que rogándole una Eva
del paraiso conquense,
y más tan linda como ésa,
no se vuelva Adan al punto
y coma manzana y pera,
áun cuando se le indigeste
y dijerirla no pueda.
PEDRO. ¡Siempre tan jovial!
LOPE. (Señalando al corazon.) El júbilo
no cabe aquí y sale fuera.
ESTÉF. ¿Qué te dijo ella, Lope?
LOPE. Que de Alfonso en la presencia
quiere hacer de su pasion
una cumplida protesta.
PEDRO. Y tú ¿qué la contestaste?
LOPE. Que hiciera lo que quisiera;
que quería, sin querer,
quererla mucho, quererla.
ESTÉF. ¿Qué?... (Celoso.)
LOPE. (Irónico.) Que me quiera no quiero,
sólo quiero que te quiera;
pues sé, querido, que quieres,
ya que te quiere, quererla.
(Déjanse oir por la derecha trómpetas y música.)
PEDRO. Creo que se acerca el Rey.
ESTÉF. Sí, sí, nuestro Rey se acerca.
LOPE. En la muralla que corta
al camino de Valencia
han abierto los soldados,

para que éntre el Rey, la puerta.
Ya sabeis que la muralla
es la puerta del que entra,
y del vencedor, si sale,
entónces la puerta es puerta.

(Música cerca de la escena. Comienzan á entrar en la plaza gentes del pueblo y soldados que se formarán á todo lo largo de la izquierda esperando la entrada del Rey. Siguen detrás varios caballeros y el Obispo de Búrgos con un estandarte azul, en cuyo fondo estará estampada la imágen de María. Siguen Tel-Perez, Cañizares, Chirino y Ceballos, con sus respectivas banderas, como capitanes de los cuatro puntos principales en el cerco y sitio de Cuenca: entre estos cuatro Capitanes vendrá Alfonso VIII. Detrás del Rey vendrán más soldados que cubrirán todo el fondo. Durante la entrada los vivas se repetirán varias veces. El Obispo será el que primero dé la voz de «Cuenca por Alfonso VIII.»—La colocacion, pues, de los personajes es la siguiente: Soldados cubriendo el fondo y la izquierda; las gentes del pueblo detrás de los soldados; El Obispo de Búrgos en el ángulo que en la ízquierda formen éstos; D. Pedro Lope y Estéfano en la izquierda del proscenio; en la derecha los cuatro capitanes dichos; delante de ellos el Rey; detrás de los capitanes, caballeros cruzados, pecheros etc.)

ESCENA X.

Dichos.—El Rey.—Obispo.—Cuatro capitanes, caballeros, pecheros, etc.

Obispo. ¡Cuenca por Alfonso octavo!
Voces. ¡Viva, viva!
Obispo. ¡Viva Cuenca!
Voces. ¡Viva, viva!
Rey. Caballeros,
cruzados, hombres de guerra,
hijosdalgos, capitanes,

hombres buenos que me cercan,
soldados y mesnaderos,
descansad de la pelea:
que callen ya los clarines
bélicos nuncios de guerra,
y que la paz y la calma
únicamente se vea
por esas calles altísimas
y en esas casas de piedra.

OBISPO. ¡Viva el Rey!

VOCES. ¡Viva, viva!

REY. Dad las gracias á esa reina.
(Señalando á la Vírgen del estandarte del Obispo.)

TODOS. ¡Viva!

REY. ¿Lope?

LOPE. (Presentándose al Rey.) Señor...

REY. Ven.

LOPE. Mandadme.

REY. Oye y contesta.
¿Mi órden está cumplida?

LOPE. Tal y conforme desea.

REY. ¿El Emir Gobernador...

LOPE. Tambien preso está.

REY. Que venga.
Vé y dile que Alfonso octavo
en este sitio le espera.
(Lope, haciendo un saludo muy reverente, sale por la derecha.)

ESCENA VI.

DICHOS.—Menos LOPE.

REY. Escuchad todos atentos

lo que vuestro Rey ordena.
Como no puedo estar mucho
en ésta ciudad de Cuenca,
por que otros varios cuidados
pidiendo están mi presencia
en la Córte, mis propósitos
necesito que se sepan.

OBISPO. Hablad, señor.

REY. Cúmpleme
llevar á cabo ésta idea:
dejo trece fijosdalgos
en ésta ciudad de Cuenca;
hombres buenos, y pecheros,
y soldados que obedezcan.
Los Cañizares, Chirinos
y Ceballos aquí quedan;
que pues fueron capitanes
en tan prolongada empresa,
con los Jaravas, Abarcas
y los Carrillos, que aprestan
con los Bordallos, y Vazquez,
y Salazares, sus fuerzas,
justo es que queden aqui
para defender su presa.

OBISPO. ¡Viva Cuenca!

TODOS. ¡Viva, viva!

OBISPO. ¡Viva el Rey!

TODOS. ¡Viva!

REY. ¡Cuál llenan
de gozo al alma esas voces;
por que dan á entender ellas
que la aspiracion comun
realizada al fin se encuentra!

Satisfecho estoy de todos;
pues valiente en la pelea,
sufrido en las privaciones,
intachable en su prudencia,
denodado en la conquista
é indomable en la refriega,
ha sido cada soldado
un adalid en la guerra.

OBISPO. Dignos del Rey que, valiente,
á ser así los enseña.

REY. Dignos del nombre español
que sin mancha alguna llevan.

OBISPO. Á la gloria los guiais.

REY. Mi voluntad siempre es ésa;
el tender siempre á guiarlos
de la gloria por la senda.

ESCENA XII.

DICHOS.—EL EMIR.—LOPE.

LOPE. Señor... El Emir. (Inclinándose ante el Rey.)

REY. Que pase.

(Cuatro soldados moros, á una seña de Lope, entrarán en escena y se colocarán en el fondo delante de los soldados: el Emir vendrá detrás de ellos.)

(Miéntras entran los antedichos personajes, Lope se acerca á Estéfano.)

LOPE. (Ap á Estéf.) (La morita espera cerca
y Martin.)

ESTÉF. (Ap. á Lope.) (¿Qué dices?)

LOPE. (Ap. á Estéf.) (¡Calla!)

EMIR. (Inclinándose ante Alfonso.)
Al nuevo rey de mi Cuenca

saluda el Emir vencido
y sus palabras espera.

REY. ¿Vuestro nombre es...

EMIR Abas-Maad.
Hijo de la hermosa tierra
donde mojan sus pinceles
los artistas y poetas;
de donde nace la luz,
la luz que alumbra la esfera;
donde el fuego de los Trópicos
á los corazones quema,
y la sangre que candente
vá corriendo por las venas,
como en las venas se agita
dentro las venas fermenta.

REY. Seguid, que todas las frases
que pronuncia vuestra lengua
son dignas de un hombre amante
de la pátria en que naciera.

EMIR. ¡Eso sí! somos idólatras
por la pátria, madre nuestra.
Y más siendo, cual soy, hijo
de una heróica ascendencia,
de bravos fieles emires
elegidos del Profeta,
no puedo, no, rey cristiano,
dejar de hacer tal protesta,
que, á mi pátria dirigida,
sé que mi pátria la acepta.

REY. Refrenad el entusiasmo
que os separa y os aleja
del círculo en donde gira
la prudencia.

EMIR. ¡La prudencia!
¡Ah! Vencido y derrotado
cuando mis gentes hambrientas
exánimes se rendían,
no al fragor de la reyerta,
sí de víveres y auxilios
á la completa carencia,
¿podrá tener algun mérito
la conquista?
REY. Tanta mengua
no puede caberme dentro
por más que aguantarla quiera.
Abas-Maad, si no oyeron
los Kalifas las protestas
que les dirigísteis vos,
podeis culpar su indolencia;
y si exánime y rendida
estaba la gente vuestra,
decídselo á los Kalifas
que á mí nada me interesa.
Vencí, conquisté y... basta,
no tengo que dar más cuentas.
EMIR. Pero hambrientos mis ejércitos...
REY. Tened por Cristo la lengua.
El que sítia una ciudad,
¿qué pretende, qué desea?
Que hambrientos sus habitantes
se rindan al que la cerca.
EMIR. ¡Ah! Pero llegará el día,
Cristiano, y tal vez lo vea,
en que tomen la revancha
nuestras gentes de las vuestras.
REY. Ó día en el que no quede,

ya que á provocarme llega,
un soldado musulman
en toda la hispana tierra.

EMIR. (Ap.) (¡Oh furia!)

REY. Á deciros ésto
vuestras palabras me llevan,

EMIR. Lo dicho afirmo.

REY ¡Calláos!

EMIR. No puedo áun cuando quisiera.

REY. Temerario sois.

EMIR. Así
me han enseñado que sea.

REY. ¡Reportáos!

EMIR. No soy dueño;
que mi cerebro revienta.

REY. Temeridad enseñada
en vuestra arrogante tierra,
temeridad aprendida,
Abas-Maad, de ésta manera,
y ostentada de ésta suerte
del vencedor en presencia,
á más de temeridad
es imprudencia, es vileza.

EMIR. (Ap.) (¡Trágame, tierra!)

REY. ¿Al que os vence
en lid buena y buena cuenta,
y os llama para dejaros
otra vez libres en Cuenca,
así temerario hablais
y le pagais sus finezas?
¿Dónde aprendisteis tal porte?

EMIR. (Ap.) (¡Santo Alá!)

REY. Siempre en la guerra,

donde hay victoria y derrotas,
el que vale más se aprecia;
si el vencedor ó el vencido.
Y no hallareis diferencia
si el vencedor al que vence
con respeto considera,
y el vencido al vencedor
prudentemente respeta.

EMIR. Y si fuera de los triunfos
la causa una traicion negra,
¿qué debe hacer el vencido?
Levantar más la cabeza.
¿Qué ha de hacer el vencedor?
Si sangre hierve en sus venas,
debe tomar la victoria
cual si una derrota fuera.

REY. Ahogad en vuestra garganta
y no pronuncie la lengua
palabras que furibundo
propalais en contra vuestra.
¿Quiénes han sido traidores?...
¿míos ó vuestros?.. (Pausa.) Mas... ¡ea!
basta de contestaciones,
meta poneros es fuerza.
Si por traicion apreciais
el ardid del que pelea,
no sabeis lo que es conquista,
ni conoceis lo que es guerra,
ni sois rey, ni sois Emir,
ni sois soldado siquiera.

EMIR. Me insultais, Rey.

REY. (Rápido.) Es que os pago

con vuestra misma moneda.

(Murmullos de indignacion contra el Emir.)

EMIR. (Ap.) (¿Por qué un rayo del infierno
no me confunde en la tierra?)

REY. Silencio: nadie le insulte. (Cesan los murmullos.)
(Al Emir.) No obstante, oid sin protesta
lo que un rey, que es vencedor,
hace con los que venciera. (Pausa.)
Yo os aseguro las vidas
y tambien vuestras haciendas;
no arruinaré las mezquitas
ni estorbaré el culto en ellas;
tolero que los Cadís
en vuestras lítis entiendan,
arreglen vuestros negocios,
hagan cumplir la ley vuestra,
y sentencien vuestros pleitos,
y vuestras causas defiendan;
las moras pueden vivir
del Júcar en la ribera;
y, en fin, aunque sometidos
hoy todos á Alfonso quedan,
pueden en Cuenca gozar
del bien que la paz nos presta.
Dos condiciones impongo,
en cambio, á la gente vuestra,
y que espero ver cumplidas.

Emir. ¿Cuáles?

REY. Respetar á Cuenca,
y que sirva ésa mezquita
de Catedral á la Iglesia
de Cristo.

EMIR. Está bien.

REY. Y es poca,
como vereis, mi exigencia.
EMIR. Ciertamente.
REY. ¿Os conformais?
EMIR. Cristiano... (Ap.) (No) (Alto.) Sí. (Ap.) (¡Por fuerza!)
REY. Pues bien: decidle á los vuestros
que así se porta el que entra.

(Al retirarse el Emir por la izquierda se encuentra con Zoa y Martin. Zoa se dirije, al punto, al grupo donde está Estéfano, Martin la sigue. El Emir al verlos se queda parado y exclama:)

EMIR. (Ap.) (¡Ah Zoa! ¡Martin Alhaja!...
¡Sin mi venganza se quedan!
Mas apúrense las heces
del sentir que me envenena.)

(Los cuatro moros que entraron con el Emir se habrán retirado y el Emir se ocultará entre los soldados pero á vista del público.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—ZOA.—MARTIN.

PEDRO. Señor... con permiso vuestro,
Martin Alhaja... (Presentándole al Rey.)
REY. Adelante.
(A Martin.) Llega, pues; que en éste instante
pagarte quiero, hombre diestro.
MARTIN. Gran señor... (Inclinándose.)
REY. Yo no te condeno;
ántes bien, siempre serás
mi protegido, y á más
yo te declaro hombre bueno.
MARTIN. Gracias.

REY. ¿Tienes que exponer
algo?
MARTIN. Vuestra proteccion
reclama la situacion
de una bendita mujer.
REY. ¿Esa? (Por Zoa.)
EMIR. (Ap.) (¡Oh!)
ZOA. (Ap.) (Me dá rubor.)
ESTÉF. Esta es la mora. (Presentándola al Rey.)
REY. Y es bella.
EMIR. (Ap.) (¿Por qué, Alá, no se estrella
en mí todo tu furor!)
ESTÉF. Ella me dió á conocer
los medios...
EMIR. (Ap.) (¡Ciega mi vista!)
REY. ¿Luego ella nuestra conquista
procuró?
EMIR. (Ap.) (¡Ah!)
REY. (A Zoa.) Ven, mujer.
(Se acerca Zoa al rey.)
Todos somos españoles:
no te alteren los sonrojos;
levanta tus lindos ojos,
mejor dicho, tus dos soles.
ZOA. Perdida mi alma
del llanto en el mar,
buscaba la calma,
sin calma encontrar.
Al cielo consuelo
pedíle con fé,
y dado del cielo
consuelo me fué.

Hallando mi alma transida
de tanto dolor,
la calma anhelada perdida
de amor en la plácida vida,
que un hombre que es vuestro
amante me dió.
Tal fuego en mi pecho
llegóse á encender,
que el pecho era estrecho
á tanto querer.
Creí que si amaba
cesaba mi mal,
y amor me abrasaba
traidor y fatal.
Mirando mi muerte cercana
de vida iba en pos;
y olvidando la fé mahometana
la paz encontré en la cristiana;
por eso creo en Cristo,
por eso amo á Dios.
(Profunda impresion en todos.)

REY. ¿Eres Cristiana?

EMIR. (Ap) (¡Oh!)

ZOA. Soy.

OBISPO. ¿Mora! (Como si no la creyera.)

ESTÉF. (A Zoa.) ¿Cristiana? (A su lado, muy amante.)

EMIR. (Ap.) (¡Ira mia!)

ZOA. Por conducto de María
soy de Cristo desde hoy.
(A Estéf.) De irresistible amuleto
tu cariño me sirvió,
y ese acto le inspiró
al alma mia en secreto.

(*Al Rey.*) Por eso, cristiano Rey,
ante vuestros pies me humillo.
(*Vá á postrarse y el Rey la detiene.*)
Á Dios, á vos y á Burillo
amar, es mi única ley.

ESTÉF. (*Postrado ante el Rey y al lado de Zoa.*)
Permitidme, rey magnánimo,
que una manifestacion
os haga de la pasion
que domina todo mi ánimo.
Hoy, gran rey, hoy sin desliz,
de mi voluntad seguro,
ante Dios y ante vos juro
hacer á mi amor feliz.

REY. Yo ese santo juramento
como rey protejeré.

ZOA. (*Postrándose.*) ¡Qué dichosa que se vé
mi alma en este momento!

EMIR. (*Ap.*) (Pedazos del alma van
saliéndose por mis ojos.)

REY. Alza, Estéfano, de hinojos.
Eres desde hoy capitan.
Por tu pátria te expusiste;
por tu pátria peleaste;
el premio de ella ganaste;
ahí lo tienes. (*Le dá un pergamino.*)

ESTÉF. (*Tomándolo.*) ¿Quién resiste
tanta y tanta distincion!
(*Se abren las puertas de la mezquita. Comienzan los preludios del Te-Deum.*)

EMIR. (*Ap.*) (¡Oidos... ensordeced!) (*Horrorizado.*)

ZOA. (*Ap. á Estéf.*) (Con ésta nueva merced...)

ESTÉF. (*Ap. á Zoa.*) (Más te ama mi corazon.)

(Zoa y Burillo en posicion amante en la izquierda del proscenio: detrás D. Pedro, Lope y Martin: el Obispo al lado del Rey en la derecha: los demás personajes en la misma posicion. Algunos caballeros se dirigen á la Iglesia, abriendo paso los soldados.)

REY. (A Zoa.) Comienza tomando ejemplo.
La nueva Iglesia está abierta,
y si es tu creencia cierta,
pasa, pues, al nuevo templo.
(Dirigiendo la accion al cielo.)
Hoy una ciudad conquisto,
y hago iglesia esa mezquita,
y esa mora, flor bendita,
pasa á ser sierva de Cristo.
Por eso, gran Dios, tu gloria
á ensalzar el templo voy;
y, pues que es tuya, te doy
mi triplicada victoria!

(Extiende el brazo indicando que salgan hácia la Iglesia. El órden con que marcharán es el siguiente: El Rey y el Obispo: detrás los cuatro capitanes; luego Zoa y Estéfano; detrás D. Pedro, Lope y Martin; y luégo los demás hasta quedar la plaza desierta.)

(El Emir al ver marchar á Zoa hácia la Iglesia, hará movimiento para ir á ella, pero se detiene. Este movimiento lo repetirá miéntras se verifique la entrada en la Iglesia. El actor, sin embargo, interpretará á su juicio todas las situaciones tristísimas de esta escena.)

ESCENA ÚLTIMA.

EL EMIR.

(Esta escena depende exclusivamente del actor.)

¡Hiérame este frenesí!...
¡máteme ésta convulsion!...
¡muérete ya, corazon!...
¡alma, sal fuera de aquí!...

¡Cuenca, Cuenca!... ¡Mi trofeo!
¡Mi celestial paraiso!...
¡por última vez te piso!
¡por última vez te veo!
Á otro país ¡oh dolor!
parto azorado y sin calma...
¡Aquí se queda mi alma!
¡aquí se queda mi amor!
Parto, sí; y al emprender
mi marcha, toma, querida,
el «adios» de despedida...
¡para no volverte á ver!
Mi desventura se acerca...
ya me ciegan sus reflejos...
¡Yo me voy de tí muy léjos,
tú vendrás de mí muy cerca!
¡Ay!... Este rudo ardimiento,
mi Cuenca, que me enajena,
es que me abrasa la pena
que ardiente en el pecho siento...
Es que el alma que hay en mí
ya está toda carcomida...
es... ¡que me falta la vida
al despedirme de tí!

(Convulso y exámine desaparece muy despacio, llorando, por la derecha.
Los acordes del *Te-Deum* no cesarán hasta el final, aunque se oirán léjos.)

FIN DEL DRAMA.

NOTAS.

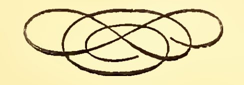
I.—Si por las condiciones del teatro no se pudiera verificar la mutacion del acto segundo á toda escena, se podrá hacer, bajando un telon que represente la selva del terreno próximo á la de la decoracion del dicho acto, verificándose la escena VII en ese sitio.

II.—En la página 78, escena XII, despues del verso

«¡soldados... á la batalla!»

se ha omitido el de

«¡que en Cuenca ya hemos entrado!»





POLIZA N. 17262